

Isidora Aguirre



DIALOGOS DE FIN DE SIGLO

SERIE TEATRO 2

ISIDORA AGUIRRE

SERIE TEATRO 2

DIALOGOS DE FIN DE SIGLO

EDITORIAL TORSEGEL

SANTIAGO-CHILE

1989

Inscripción en Registro de Propiedad
Intelectual N° 70507, año 1988.

ISIDORA AGUIRRE

DERECHOS RESERVADOS
PROHIBIDA SU REPRODUCCION

EDITORIAL TORSEGEL

Impreso en los Talleres de Imprenta

LORCA HNOS. LTDA.

1.000 EJEMPLARES

ISIDORA AGUIRRE, CONSTANTES EN SU DRAMATURGIA

El éxito de “La Pérgola de las Flores” ha distorsionado la valorización de la dramaturgia de Isidora Aguirre. El tono evocador y la suave ironía con que presenta a la sociedad chilena de principios de siglo en esta comedia musical, pueden hacer pensar que se trata de una autora de comedias amables, graciosas, discretamente costumbristas. El recuerdo de algunas de sus primeras obras de humor liviano y ágil construcción, como “Carolina”, “Entre dos trenes” y “La micro”, más sus otras comedias musicales, “La dama del canasto” y “En aquellos locos años veinte”, parecen confirmar esa primera impresión. Pero es, ciertamente, una impresión equivocada. La característica más notoria y constante de su obra es la preocupación social. “Población Esperanza”, que escribió en colaboración con el novelista Manuel Rojas, “Los Papeleros”, “Los que van quedando en el camino”, “Lautaro”, “El Retablo de Yumbel” y Diálogos de Fin de Siglo”, son clara prueba de esa preocupación.

La misma “Pérgola de las Flores”, asociada en Chile a bellas evocaciones de un pasado que sintetizan las vendedoras de flores de los puestos frente a la Iglesia de San Francisco, el amor de Carmela con Tomasito, algunas irónicas imágenes de la alta sociedad y la grata música de Francisco Flores del Campo, sacada de nuestro contexto o, simplemente mirada con mayor objetividad, es una defen-

sa del derecho a su fuente de trabajo de un grupo de modestas vendedoras de flores, frente a la superficialidad, prepotencia y falta de principios éticos de una clase alta mostrada con simpático buen humor, pero con un indudable tono negativo.

Isidora Aguirre es una escritora muy fecunda. En su obra se distinguen muchas líneas diferentes: comedias, dramas de denuncia social, dramas de raíz folclórica, comedias musicales, obras de teatro infantil, comedias de evocación con lenguaje poético, teatro popular, dramas históricos, novela y hasta un café concert. Dentro de tanta variedad, el rango de recursos expresivos es muy amplio y su campo temático, extenso. No pretendo caracterizarlos, pero son notorios algunos énfasis que ayudan a orientarse dentro de tanta variedad: el primero es la ya anotada preocupación social, el segundo es su interés documental o histórico. Sus obras parten de una observación de la realidad y, en muchos casos, de hechos históricos. La historia le proporciona elementos que permiten configurar mejor el mundo que ella recrea y le agregan rasgos dramáticos que se acentúan por su verdad. "Lautaro" y "Retablo de Yumbel" fueron obras escritas después de una investigación acuciosa en los lugares relacionados con los hechos. Su propósito no es historicista, es la búsqueda de una base sólida para asentar su propia construcción dramática y de allí proyectar sus observaciones hacia la situación actual. Un tercer énfasis está en los aspectos técnicos de la estructura dramática. Isidora Aguirre maneja con seriedad profesional la construcción de sus obras. La exigencia de unidad, la alternancia de situaciones con graduada tensión para conducir al climax final y al desenlace, el desarrollo de líneas paralelas que esclarecen el sentido y luego se unen para reforzar el desenlace y la proposición central, son elementos que no apa-

recen por acierto casual sino por una preocupación deliberada y constante de encontrar el mejor empleo de los recursos expresivos propios del drama. Este mismo conocimiento técnico le ha permitido hacer su ya amplia serie de adaptaciones de obras clásicas del teatro universal.

Su conocimiento de los recursos del drama y del teatro le ha mostrado la importancia de la música como elemento expresivo, por eso, no sólo en sus comedias musicales, donde ese elemento es un constituyente obvio, sino en muchos de sus dramas, ha logrado la colaboración de importantes compositores musicales. Para "Las Pascualas" y "Los Papeleros", que tuvo la colaboración de quien hoy es uno de los más importantes compositores de música seria en Hispanoamérica, Gustavo Becerra; y "Los que van quedando en el camino", tiene música incidental de Luis Advis; en una segunda versión de "Las Pascualas" incorpora música folclórica y música incidental de Daniel Estrada; para "Lautaro" tuvo música y canciones de Los Jaivas; en "Retablo de Yumbel" la música de Daniel Estrada, compositor de Concepción, tuvo un papel relevante en la calidad de esa puesta en escena, y "Tía Irene, yo te amaba" contó con la música de Patricio Solovera. Rasgo importante del sistema de trabajo de Isidora Aguirre es su respeto al equipo teatral que pone en escena sus obras y dentro de él, como hemos visto, importancia relevante tiene el compositor de música.

"Diálogos de fin de siglo" se adentra en las circunstancias políticas y humanas de un hecho que ha tenido gran importancia en nuestra historia: el suicidio del Presidente Balmaceda en la sede de la Embajada Argentina el 19 de Septiembre de 1891. Sobre la base de ese hecho cierto y del estudio de documentación de la época, Isidora Aguirre crea una situación dramática que explota en las reacciones de

un grupo de personas que pudieron vivir en ese tiempo y tener distintas formas de relación con los acontecimientos que fueron causa o comienzan a ser consecuencia de ese suicidio. Junto con crear situaciones emotiva y teatralmente atractivas, se nos hace pensar acerca de las contradictorias escalas de valores de la sociedad de esa época y en la lamentable permanencia de esas contradicciones. Los excesos de los vencedores que justifican su inhumanidad en la aparente defensa de principios constitucionales que se presentan como inalterables y las oscuras razones que amparan una inaceptable violencia son presentados con convincente argumentación. En esta línea tiene especial importancia el diálogo en que refuta, con datos muy concretos, la afirmación constantemente repetida de que los chilenos somos los ingleses de Sudamérica, pueblo moderado y respetuoso de sus instituciones. También aparece como un mito injustificado el de ser un pueblo de gran apego a la democracia en que muy escasos y transitorios levantamientos militares la interrumpieron. La sucesión de alzamientos en el siglo pasado y la sinuosa línea política de los grupos que los alentaron nos hace ver que nuestra historia no es fundamentalmente distinta a la de las demás naciones hispano-americanas. Aleccionadora observación que será conveniente tener en cuenta.

El texto de "Diálogos de fin de siglo" que se presenta en esta edición corresponde sólo parcialmente al de la versión del Teatro ICTUS. La compañía tomó como base para su puesta en escena la obra de Isidora Aguirre, pero la sometió a un trabajo de reelaboración con su sistema de creación colectiva, lo que introdujo cambios sustanciales en la estructura general, en el carácter de los personajes y en su desenlace. El leve cambio de una "s" en el título, "Diálogo de fin de siglo" en la versión del ICTUS, intenta

marcar las diferencias entre el texto original y la puesta en escena entregada al público.

La edición de "Los Papeleros" y de "Diálogo de fin de siglo" permite apreciar dos obras importantes de Isidora Aguirre y que, a pesar de haber sido escritas con gran distancia en el tiempo, 1963 y 1988, presentan rasgos constantes de su dramaturgia.

Agustín Letelier

OBRAS ESTRENADAS DE

ISIDORA AGUIRRE

Carolina, Pacto de medianoche, Entre dos trenes, obras en un acto, 1954/56.

Las Sardinas, La micro, monólogos, 1956.

Anacleto Avaro, Teatro Infantil, 1956.

Las Pascualas, música incidental de Gustavo Becerra y *Dos más dos son cinco*, 1957.

Población Esperanza, en colaboración con el novelista Manuel Rojas, 1959.

La Pérgola de las Flores, comedia musical, música y canciones de Francisco Flores del Campo, 1960.

Los Papeleros, música de Gustavo Becerra, 1963.

La Dama del Canasto, comedia musical, con música de Sergio Ortega, 1965.

Maggi ante el Espejo, obra breve, México, 1966.

Los que van quedando en el camino, con música de Luis Advis, 1969.

En aquellos locos años veinte, comedia musical, basada en la Señorita Charleston de A. Moock, 1974.

Las Pascualas, segunda versión, con música del folclore, 1975.

Federico Hermano [*Honemaje a García Lorca*], 1985.
Lautaro, música y canciones de Los Jaivas, 1982.
Retablo de Yumbel, música de Daniel Estrada, 1986.
Tía Irene, yo te amaba, música de Patricio Solovera, 1988.

ADAPTACIONES LIBRES, ESTRENADAS

El médico a palos [Moliere]

Ricardo Tercero [Shakespeare]

Fuente Ovejuna [Lope de Vega]

Lazarillo de Tormes [Novela anónima]

La Mandrágora [Maquiavelo]

Edipto Rey [Sófocles]

Arlequín servidor de dos patronos [Goldoni]

OBRAS EDITADAS:

Carolina [*Antología, agotada*].

Los que van quedando en el camino [*agotado*].

Los Papeleros [*Santiago de Chile y México, ediciones agotadas*].

La Pérgola de las Flores [*Ed. Andrés Bello*].

Retablo de Yumbel [*Ed. LAR y Casa de las Américas, Habana, Premio 87*].

Los que van quedando en el camino

Las Pascualas

Los libertadores [Bolívar y Miranda]

Isidora Aguirre

DIALOGOS DE FIN DE SIGLO

EPOCA

La obra transcurre entre las 9 de la mañana del día 19 de Septiembre del año 1891, y las 9 de la mañana del día siguiente. Esto es en veinticuatro horas. A fines del siglo pasado.

LUGARES DE ACCION

La ciudad de Santiago de Chile:

calles céntricas,

lugares de la casa de Alberto

El Club de la Unión

Un palco en el Teatro Municipal

PERSONAJES

ALBERTO, abogado, hombre público, 50 años

ROSARIO, segunda esposa de Alberto

FELIPE, hijo de Alberto

AMANDA, sobrina de Rosario

RAMON, amigo de Alberto y colega

VICENTE, socio del Club de la Unión

CORINA, antigua sirvienta, mama de Felipe

ROSA, una bordadora de convento

EL ORGANILLERO, hombre de pueblo

En la escena del entremés, Farándula de la Constitución, los mismos actores representarán a los CABEZONES, especie de teatro de Gran Guñol.

La escenografía es no-realista. Bastarán elementos que tipifiquen lugares y época.

Y sobre todo, los efectos de luz.

La obra se divide en dos partes y consta de ocho CUADROS, varias PASACALLES, un INTERLUDIO y un ENTREMES.

Hay una constante presencia de la calle, de lo que está ocurriendo, como las manifestaciones políticas, el saqueo, las peleas, etc. Lo que se dará mediante las voces y sonidos grabados, carruajes, pasos, campanadas.

También una pieza de música, puede ser una sonata, marca la presencia en la casa de Felipe, pianista. Hay pues, un entorno constante que marca algo como una segunda dimensión de la obra.

PASACALLE

OSCURO

Se escucha con nitidez un disparo. Un reloj da las nueve. Luz de mañana. Se oye rodar un carruaje, luego se escuchan voces confusas.

CORINA, la criada sale de la casa, por la calle viene ROSA, la bordadora de casa de Alberto.

ROSA

¡Doña Corina!

CORINA

¿Qué pasa, Niña Rosa?

ROSA

¡Se suicidó el Presidente Balmaceda!

CORINA

¿Qué dijo...?

ROSA

Lo andan gritando ahí en la calle Huérfanos. Se disparó un tiro ¡y está muerto!

(CORINA cae de rodillas, se santigua)

CORINA

¡Dios se apiade de su alma! *(Reza bajito)*

Oiga, ¿será grave? *(Se santigua)*. Señora Corina, ¿irá a seguir la guerra?

CORINA

(*Entre sus rezos*). La guerra terminó el mes pasado.

ROSA

¿Cuando saquearon las casas? Salía del templo con una monjita y vi cómo lanzaban los muebles por las ventanas. ¡Hasta un piano vino a hacerse añicos en la vereda! (CORINA se incorpora) Y la celebración de las Fiestas Patrias ¿irá a seguir? ¿Irá a haber fondas esta noche?

CORINA

Borrachos es lo que hay. Más ahora que pusieron barriles de vino en las calles. (*Se queda mirando fijo ante sí*)

ROSA

Le traje las sábanas, señora Corina. Mire qué lindo me quedó el bordado. (*Le enseña la sábana que trae en la cesta*). Misía Rosario quiere que hoy siga con los monogramas en las camisas del patrón Alberto ¿Qué mira tanto?

CORINA

La casa de enfrente. Están cargando un carruaje. Capaz que hayan recibido amenaza de saqueo.

ROSA

¡Preguntémosle a la Edelmira que trabaja ahí con su mamá! (*Da un paso, Corina la retiene*)

CORINA

Don Alberto no se saluda con la familia de enfrente. Entremos. Se hace tarde.

ROSA

Y usted, ¿no iba saliendo a misa, tan de manto?

CORINA

A misa voy los domingos. (*Se quita el manto, camina hacia la casa*)

ROSA

En el convento hay misa todos los días. Me tienen aburrida con tanto rezo, también que no me permiten salir a ni

una parte. Eso es lo malo de ser huérfana: a una no la manda el padre, pero la mandan las monjas que son tan incomprendivas...

CORINA

(Saliendo ambas) ¡No le para la lengua a usted!

(Breve apagón para pasar al cuadro primero.)

CUADRO I

*Luz sobre la buhardilla de casa de Alberto. Echa-
do en un rincón, envuelto en su capa, descansa
FELIPE, hijo de Alberto. Su ropa está sucia,
parece agotado. Al entrar CORINA, pregunta
sin volverse:*

FELIPE

¿Eres tú, mama Corina?

CORINA

Soy yo, Niño Felipe.

*(Prepara un brasero, le sirve leche. Guarda
silencio.)*

FELIPE

¿Por qué tardaste tanto!

CORINA

¡Se mató el Presidente Balmaceda! ¡Se disparó un tiro!

*(Felipe se cubre el rostro, como si llorara. Mien-
tras Corina lo atiende en silencio, se escuchan
voces en el pasillo:)*

VOZ DE HOMBRE

¿Cómo se atrevió a subir, Teclita?

VOZ DE MUJER

¿Por qué no? Me compré zapatos de cabritilla para que
me convide a las fondas a bailar la zamacueca. (RISAS)

VOZ DE HOMBRE

Es que el patrón anunció salida en el coche. Van al teatro con misía Rosario. Venga, pues, entre a mi cuarto.. (SE OYEN SUS RISAS Y CUCHICHEOS)

CORINA

¡Qué tengan ánimo pa'celebrar! Con tantísima desgracia que ha pasado. Como nunca tomaron y bailaron anoche en las ramadas. Se les juntó el jolgorio de las Fiestas Patrias con el de los vencedores. ¡Una guerra entre hermanos, dígame usted! Unos celebrando el triunfo y los otros, escondiéndose. *(Lo mira, preocupada)* Y usted, niño, ¿con qué fin quiere que lo esconda? Merece saber el patrón Alberto que está aquí en mi buhardilla... *(Felipe aún muy impactado, no responde)* El lo hace viajando por Europa. *(Pausa)* ¿Por qué no vino antes? ¿Hace mucho que volvió? ¡Hable, pues! ¿Qué le pasa?

FELIPE

Y ahora no me preguntes "si me comieron la lengua los ratones". *(Dramático)* Ahí donde estuve, no había ratones. Lo que habían eran... ¡muertos!

(Corina lo mira, alarmada.)

CORINA

¿De qué me está hablando?

FELIPE

¡De "Lo Cañas"!

CORINA

¡Virgen santa! ¿Ahí donde mataron a sus primos poco antes que se acabara esta guerra? *(Felipe asiente en silencio)* Entonces usted peleó. ¿De qué lado? *(Felipe no contesta)* Hable, niño. ¿Peleó en la guerra de su papá o en la del Presidente Balmaceda?

FELIPE

“La guerra de mi papá o la del Presidente”. ¡Buena eres tú para nombrar las cosas!

CORINA

Las nombro según las entiendo. Usted era amigo del hijo del Presidente, ¿eso es lo que lo preocupa? (*Felipe niega*) Entonces, ¿por qué anda escondido? No siendo militar no tenía obligación con el gobierno. Tampoco le siguió la idea a su papá.

FELIPE

¡Fue horrible... La masacre de Lo Cañas! ¡Nunca se supo a cuántos mataron!

CORINA

Y todos, jóvenes “de apellido”. Por eso metió tanta bulla esa matanza. Cuando muere el pobre, no pasa ná’.

FELIPE

Supe lo de tu hijo, mama Corina. ¿Cómo quedó?

CORINA

No me gusta hablar de eso.

FELIPE

Háblame. (*Le hace una caricia*)

CORINA

Los de la policía del gobierno entraban a las casas en busca de los patrones huídos, y al no hallarlos, se desquitaban con los sirvientes. Mi hijo mejoró de los golpes, pero quedó enojado con la vida. (*Pausa*) Y no me siga esquivando la conversa, niño. ¿Cómo se fue a meter en esa guerra?

FELIPE

Algunos hijos de los Congresistas —los que se alzaron—, se reunieron en el fundo Lo Cañas para conspirar. Querían volar un puente sobre el río Maipo, para cortarle el paso a las tropas del gobierno.

CORINA

Miren. Y usted ¿qué tenía que ver?

FELIPE

Mis primos querían que fuera con ellos. A Lo Cañas.

CORINA

¡Ahora sí!

FELIPE

Gritaban que la Ley, que la Constitución, que al recibirse de abogados juraron defenderla aunque la vida fuera el precio ¡como si no hubiera mejores causas que defender que una Constitución! Parecían locos, mama.

CORINA

Y ¿qué más, niño? ¿Qué pasó?

FELIPE

Como no quise ir a Lo Cañas, pensaron que los iba a delatar, negaron todo. Empezaron a burlarse, a decir que eso de ir a conspirar era sólo para ponerme a prueba, para saber si tenía cojones.

CORINA

¡Benaiga...!

FELIPE

Me llamaron mariquita, porque tocaba el piano como las mujeres. Y traidor a la patria... porque mientras el país se iba a la mierda con la tiranía de Balmaceda, yo me divertía en las tertulias de su hijo Pedro, tomando y recitando versos con el poeta Rubén Darío.

CORINA

¡Jesús! ¿Y cómo fue a dar a Lo Cañas, entonces?

FELIPE

(Hablando con mucha dificultad) El General Barbosa tuvo noticias de la conspiración y ordenó ir por ellos y fusilarlos a todos. Partí en un coche para dar aviso, pero me alcanzó la tropa. Le rogué, al capitán que me permitiera parlamen-

tar con los muchachos. Se negó. Entonces, eché a correr hacia las casas del fundo. Un soldado me hirió en la pierna, y caí a una zanja. (*Dramático, como si le costara seguir*) Mama ¡desde la zanja pude verlo todo! Los muchachos, entre ellos mis primos, se preparaban para dormir, estaban desarmados. La tropa llegó disparando ¡no alcanzaron a levantarse del suelo! Después los remataron a bayonetazos... No me vas a creer, pero parecían disfrutar hundiéndole esos cuchillos.

CORINA

(*Haciéndole una caricia*) A veces el mismo miedo trastorna al cristiano.

FELIPE

(*Sin oírlo*) Entraron a las casas a comer y a beber, y parece que hubo una orgía, porque salieron completamente borrachos y se enzañaron con los heridos. Se les derramó parafina de una lámpara y uno de los cuerpos ardió, como una antorcha. ¡A la luz de las llamas parecían demonios! Gritaban para darse ánimo. Mama ¡no puedo dejar de verlos! (*Pausa. Algo más calmado, prosigue*) Sin embargo, cuando marchaban hacia allá, parecían hombres normales, seres humanos... ¿Cómo pueden convertirse de pronto en monstruos?

CORINA

No culpe a los soldados. Para matar los entrenan.

FELIPE

(*Tocando su camisa sucia*) Me doy asco.

CORINA

¡Quítese la ropa, niño! A ver si le traigo una palangana para que se lave.

(*Felipe se quita la camisa, se la pasa a Corina. Ella se desplaza y va luego hacia la salida. El*

está demasiado alterado para darse cuenta que ella va a salir de la buhardilla.)

CORINA

Una tinaja hace falta para que se dé un buen baño. (*Sale del cuarto*)

(Se oyen nuevamente las voces en el pasillo, risas y murmulos. Felipe, cabeza entre las manos, parece ausente. Entra AMANDA. Se detiene en el umbral y mira a Felipe, asombrada. Amanda la sobrina de Rosario, es una bella joven veinteañera.)

(Felipe retoma su relato ,pensando que es Corina la que está a su espalda.)

FELIPE

Pasé veinticuatro horas metido en esa zanja, viendo los cuerpos destrozados... Fue como bajar a los infiernos. Podía distinguir a uno de mis primos ¡degollado! (*AMANDA está ahora a su espalda, él piensa que es Corina*) Todavía siento la muerte pegada al cuerpo ¡no logro sacármela de encima! ¿Qué voy a hacer, mama Corina? (*AMANDA, compadecida, lo abraza desde atrás, él al ver sus manos, entiende su error. Se vuelve y la mira, fascinado*) ¡Amanda!

(Felipe hunde su frente en el regazo de Amanda. Las caricias de ella son maternas, pero Felipe la enlaza y poco a poco la va derribando sobre la tarima.)

(A medida que baja la luz, se oye suave, luego con todo el volumen, la sonata preferida de Felipe que es como la presencia del pianista durante toda la obra.)

(Antes del oscuro total, queda insinuado en el abrazo de los jóvenes, el erotismo del acto sexual.)

(Al salir de su casa, Alberto recibe de manos de la criada Corina, bastón y guantes. Por la calle viene a su encuentro, Ramón, ambos políticos de la aristocracia chilena de fines del siglo pasado.)

RAMON

¡Don Alberto!

ALBERTO

Buenos días, don Ramón.

RAMON

¿Puedo preguntarle dónde va?

ALBERTO

A desayunar al Club.

RAMON

Lo acompaño. ¿Qué le parece la noticia?

ALBERTO

¿Qué noticia?

RAMON

¿Cómo? ¿No se ha enterado? Hoy, a eso de las nueve, se suicidó. En la Embajada de Argentina, donde estaba aislado.

ALBERTO

¡Balmaceda!

(Se detiene, visiblemente impactado.)

RAMON

Lo halló el embajador, tendido en su lecho, traje negro, todo muy formal, cartas, testamento político... *(Viendo la expresión de Alberto)* Don Alberto, no por ser usted uno de los líderes de nuestra revolución, debe sentirse culpable.

ALBERTO

(*Reaccionando con violencia*) ¿Culpable de qué? ¿Del suicidio?

RAMON

Excúseme. Lo vi tan afectado que creí...

ALBERTO

No debe creer nada. (*Pausa*) ¿Por qué hoy, y no el día de su derrota?

RAMON

Ayer cumplía su mandato. Muy de Balmaceda el terminar así, con un "coup de théâtre". (*Se desplaza, indica hacia el frente*) Esto va a provoca disturbios. Mire, en la casa de enfrente, la marca de saqueo...

ALBERTO

¿Usted piensa que...?

RAMON

¡Estoy seguro! Hay que impedirlo, don Alberto. Expropiar bienes, de acuerdo, pero evitemos el vandalismo. Aquello perjudica la imagen de nuestro alzamiento. Usted debe actuar.

ALBERTO

¿Yo? ¿Por qué yo?

RAMON

Sabemos del nombramiento que le ofreció la Junta de Gobierno. Me agrada esa mansión. Quisiera ofrecérsela a mi prometida el día de la boda. Amanda estaría encantada de vivir frente a la casa de sus tíos ¿no le parece? Esto es, si se ha de expropiar...

ALBERTO

Perdón, creo que no iré a desayunar al Club. Buenos días, don Ramón.

[*Se retira, regresando a su casa.*]

OSCURO. *Se escucha la sonata.*

Luz sobre la buhardilla. Corina ayuda a Felipe a ponerse una camisa limpia.

FELIPE

¿Es Rosario la que toca el piano?

CORINA

Ella, pues.

FELIPE

Es mi sonata. Debe estar acordándose de mí.

CORINA

¿Su qué?

FELIPE

La pieza que me gusta tocar, mama.

[Corina va hacia el fondo, arregla una tabla de planchar, para la sábana bordada; planchará durante el diálogo.]

CORINA

Digámosle a Misia Rosario que está aquí. Es la dueña de casa.

FELIPE

Rosario no es mi madre.

CORINA

Como si lo fuera. ¡Lo quiere tanto!

FELIPE

Déjame pensarlo.

[*Recoge un pañuelo de tul, lo mira de un modo especial.*]

CORINA

¿No es el pañuelo de la niña Amanda?

FELIPE

Estuvo conmigo cuando bajaste. ¿Siempre viene tan temprano?

CORINA

La señorita Amanda vive aquí desde que su padre se disgustó con ella.

FELIPE

¿Por qué razón?

CORINA

Por cosas de la pintura, niño. ¡Se le ocurrió sacar retratada una mujer sin ropas!

FELIPE

[*Sonríe*] Todos los pintores lo hacen, para aprender, mama Corina.

CORINA

Los pintores hombres, será, y no una señorita de buena familia. Y mire si será mala de la cabeza: la mujer era ella misma que se retató delante de un espejo. Y después, mandó la pintura a una... [*Lo queda mirando*] ¿Cómo la llaman?

FELIPE

[*Sonríe, divertido*] Una sala de exposición.

CORINA

Eso, pues. Usted se ríe, pero no sabe la escandalera que se armó. Se le espantaron dos pretendientes que tenía. Bueno, que allí entró a tallar don Ramón. De un día para otro le propuso matrimonio.

FELIPE

[*Con enojo*] ¿Don Ramón? Es un hombre mayor.

CORINA

Viejo no es, y de muchas campanillas. Ya fijaron fecha de casamiento.

FELIPE

¿Quién la está obligando a casarse?

CORINA

Ella no es de las que se casan a disgusto. Tiene su carácter. [*Deja de planchar y le enseña la sábana*] Mire qué lindo borda la Niña Rosa. Hoy no más me trajo esta sábana y se la voy a poner en aquella cama para que se acueste y descansan. [*Mira a Felipe que se ve muy alterado*] ¿Qué tiene. ahora? ¿No se estará acordando de eso que vio?

FELIPE

[*Negando, suspira*] Todo me sale mal. Quisiera bajar a la salita, a estudiar piano.

CORINA

¡Cómo se le ocurre!

FELIPE

Me hace falta. [*Mueve sus dedos, como ejercitándose*] y no me digas tú también que el piano es cosa de mujeres.

CORINA

No digo ná'. Pero sería delatarse. Aguarde la nochecita: todos van a ir al teatro. Ahora, trate de dormir. [*Acercándose, le acaricia el rostro; él besa su mano*]

FELIPE

Gracias, mama Corina. ¡Qué haría el mundo sin tí!

OSCURO. *Cesa el piano.*

*Luz de día sobre la fachada de la casa. Hay un
balcón y espacio puerta de calle. Rosa está en
el balcón. Se escucha la pianola de un orgalli-
nero, el que luego entrará a escena.*

RAMON

¡Niña Rosa!

ROSA

[Alegre] ¡Mande, don Ramón!

RAMON

Baja un momento.

ROSA

No me permiten salir a la puerta, pero si usted me nece-
sita... *[Desaparece arriba y la vemos en la puerta]* Mande,
don Ramón.

RAMON

¿Me puedes servir de mensajera?

ROSA

[Coqueta] Encantada, don Ramón. ¿Flores para la seño-
rita Amanda?

RAMON

Y una invitación para la ópera. Esta noche. *[Le pasa flores
y tarjeta]*

[Amanda se muestra, en balcón]

ROSA

Mire, don Ramón. *[La indica]*

RAMON

Mademoiselle... ¡Amandita! Dichosos los ojos. Tengo un
palco en el Municipal para la función de gala: "Il Trova-
tore". *[Amanda niega con la cabeza, muy molesta]* ¡No me

diga que no! Tuve que ir solo al banquete de los oficiales, y le aseguro que fue algo digno de ver: las mesas en plena Alameda de las Delicias, banda de música, luz eléctrica...

AMANDA

[*Cortando*] Por favor, discúlpeme usted, don Ramón. Esta noche no podrá ser.

RAMON

Pero es una velada oficial y deseo presentarla como mi prometida. Escuche, no sólo celebramos las fiestas patrias y el triunfo de nuestra revolución, sino también la paz, y el término de esta odiosa guerra civil... [*Calla, desconcertado porque Amanda ha desaparecido del balcón*]

ROSA

Don Ramón, quería preguntarle... [*Muy coqueta*] que, al fin, qué fue lo que hubo, ¿una revolución o una guerra contra otro país?

[*Ramón que estaba a punto de retirarse, responde a su juego de coqueteo. Sonríe*]

RAMON

[*Retorciéndose el mostacho*] Estás un poco confundida, niña Rosa.

[*El Organillero que ha entrado, observa y escucha atentamente*]

ROSA

Es que el cochero dice que fue "civil", pero la Tecla, la niña "de la mano", jura que fue guerra contra los cholos peruanos, allá en el Norte.

RAMON

Esa fue la guerar del Pacífico, muy anterior...

ORGANILLERO

¿Me permite, su merced, mezclarme en esta conversación? Yo digo que hubo guerra porque el Presidente decretó: "¡Este país es mío y se hace lo que yo mando, caramba!".

RAMON

¡Muy bien, hombre!

ORGANILLERO

Espere. Los caballeros congresistas dijeron también: "Este país es de nosotros y se hace lo que nosotros mandamos, caramba!" Y en'dey se agarraron. ¿Y quiénes pagaron los platos rotos? Nosotros los humildes. [*Mostrando su manga vacía*] Esta mano me la volaron los Balmacedistas en la batalla de Concón. De herrero que fui, obligado a darle vuelta a la manivela. Pero no me echo a morir tampoco: ahora la plata me cae del cielo. [*Indica el balcón*]

RAMON

[*Disgustado*] Lo que dijiste de los congresistas es una estupidez. Pero eres un inválido de guerra. Y de nuestro bando. [*Le pasa dinero*] Para celebrar nuestra victoria. ¿Recibiste ya tu pensión?

ORGANILLERO

[*Humilde*] No he tenido esa suerte, su merced.

RAMON

Pasa a verme al Club. [*El Organillero se lleva a la gorra militar la mano izquierda, cuadrándose*] [*A Rosa*] Dile a la señorita Amanda que vendré por ella. Espero que cambie de opinión. [*Se retira*]

ORGANILLERO

Estos pijes creen que uno es caído del catre. [*Saca el brazo derecho que escondía y se despide con una seña de Rosa*] Adiós.

ROSA

¡Si será pillo!

ORGANILLERO

Algo hay que hacer par que se comidan, señorita linda. Soy, lo que se dice, un soldado "impago" y tengo cinco chiquillos.

ROSA

¿Entonces es verdad que peleó?

ORGANILLERO

Por el otro lado, el de los balmacedistas, que perdieron. Mi patrón anda huído y yo, pasando hambre: es como ser inválido. ¿U no?

ROSA

¿Así es que no fueron los peruanos los que perdieron?

ORGANILLERO

En esta guerra perdimos los chilenos, mijita.

ROSA

Miren... ¿Y quiénes ganaron, entonces?

ORGANILLERO

[Pícaro] Los "pijes", pues. Esos ¡cuándo pierden!

[Sale, saludando con la mano. Baja la luz en sector calle, se retira Rosa]

Se ilumina espacio SALON, hay algunos elementos que muestran el lujo de la mansión. Practicable, un sillón y un taburete. Un caballete sobre el que hay una tela para un retrato.

[ROSARIO, en el sillón lee unas cartas. Entra AMANDA y la besa]

AMANDA

Perdona mi atraso, tía Rosario.

ROSARIO

¿Tía?

AMANDA

Amiga. [*Se prepara para pintar*] ¿Te dieron ya la noticia?

ROSARIO

Si, muy triste. ¿Sabes a quién están dirigidas estas cartas?
A don José Manuel Balmaceda.

AMANDA

¿Cómo? ¿Por qué están en tu poder?

ROSARIO

Yo las escribí. [*Amanda la mira, interrogante*] No, no hubo ruptura. Jamás las envié. [*Como disculpándose*] Una pasión de juventud. El amor, Amanda ¡buen remedio contra la angustia!

AMANDA

¡Y ahora me hablas de angustia!

ROSARIO

"Una hora antes del alba
cae sobre tí la angustia..."

[Pausa] Alguien lo escribió.

AMANDA

Pareces tan vital y tan equilibrada.

ROSARIO

Quizá hay una Rosario de día y una Rosario de noche.

[Melancólica]. Una hora antes del alba..."

*[Hay un silencio y la atmósfera toma un ritmo
lento, como si estuvieran presas en un tiempo
romántico de evocación]*

ROSARIO

Una hora difícil, Amanda. Despiertas y te ves ahí, prisionera de tu cuerpo, del nombre que llevas, de los ritos de cada día. [Pausa] ¿Nunca te cansas de ser quién eres? Hoy, al enterarme de su muerte, busqué estas cartas y me acordé del amor. ¡Bendito sea el amor!

AMANDA

No te sabía tan romántica.

ROSARIO

Yo no, este siglo. Pero... termina con una guerra bien fea. Me enferma la violencia.

[UN SILENCIO]

AMANDA

¿No ha mejorado tu relación con Alberto?

ROSARIO

No. [Abre una de las cartas, sonríe, dulce]

AMANDA

Así me gustaría retratarte: léeme esas cartas. Rosario.

ROSARIO

No son más que locuras de niña enamorada.

AMANDA

Justo lo que quiero oír esta mañana.

ROSARIO

[*Extrañada*] ¿Por qué? ¿Pasó algo esta mañana?

AMANDA

Sí. [*Sonríe, con pudor*] Pero, ilusorio.

ROSARIO

¿Cómo "ilusorio"?

AMANDA

Anoche soñé con tu bello hijastro. Un sueño muy real. Y sigo bajo esa impresión.

ROSARIO

¿Con Felipe?

AMANDA

Un Felipe diferente al que conocía. Siempre me trató como a una hermana.

ROSARIO

[*Con picardía*] ¿Cómo te trató en tu sueño?

AMANDA

El estaba mal, Rosario, y yo quería confortarlo. Entonces él se abrazaba de mí. Con desesperación. [*Pausa*] No tengo experiencia. Dime: ¿puede un hombre fingir amor cuando no hay nada más que... sexo?

ROSARIO

No me digas que en sueños perdiste la virginidad... [*Sonríe*]

AMANDA

[*Sonríe, con pudor*] Creo... creo que sí.

ROSARIO

Vaya. [*Mirándola, con extrañeza*] Dime, cuando estuvieron juntos conmigo en París, ¿hubo algún romance entre tú y Felipe?

AMANDA

Yo pensaba en mi pintura y él en su música. ¿Te acuerdas?
Cuando tocaba el piano se transformaba. ¡Era fantástico!

[De pronto se entristece y se lleva el pañuelo a los ojos]

ROSARIO

¿Qué tienes? Ven aquí.

AMANDA

[Yendo a sentarse a sus pies] ¡no quiero casarme con don Ramón! ¡No soporto la idea! *[Rosario acaricia sus cabellos]*
Es un precio demasiado alto para una falta... leve: mala fama.

ROSARIO

Fue un error mandar ese desnudo al salón.

AMANDA

No me arrepiento. Los varones pueden asistir al taller de desnudo ¡las señoritas no! *[Vuelve hacia su tela, para pintar]*

ROSARIO

Las señoritas ganan terreno: las hermanas Mira obtuvieron medallas en el Salón Anual. Celia Castro...

AMANDA

...Es más famosa que la Tour Eiffel ¡ganó sus medallas en París! Pero no te engañes, la esposa y las madres son veneradas dentro del hogar. Cuando triunfan fuera de casa, los caballeros se alarman.

ROSARIO

¿Y qué me dices de las maestras, de las escritoras, de las feministas? Y la cirujano Eloísa Díaz, recibió un diploma de manos del Presidente, don José Manuel Balmaceda.

[Junto con nombrarlo vuelve a caer en melancolía. Hace poco, alguien está tocando la misma sonata que oímos antes]

AMANDA

Rosario, ¿no es lo que tocabas hoy por la mañana?

ROSARIO

Sí. La sonata de Felipe. El quería mucho a don José Manuel.

AMANDA

[*Alarmada*] Pero, ¿quién la toca ahora?

ROSARIO

[*Divertida*] Quizá el fantasma de Felipe. No, es mi profesora de piano. Anunció visita. Debíó encontrar el album abierto en esa página. [*Amanda pinta en silencio*] Amanda, cómo me gustaría verte casada con Felipe. Los dos son jóvenes, artistas, sensibles. Porque ¿qué tienes tú que ver con ese Ramón?

AMANDA

Mucho, por desgracia.

ROSARIO

¿Mucho?

AMANDA

Sus tierras colindan con las nuestras, ambos tenemos rancios apellidos, pero él carece de fortuna —dicen que está arruinado—. Entonces, naturalmente, perdona mi “faux pas”, con el dichoso desnudo.

ROSARIO

¿Cómo pudiste aceptar su proposición?

AMANDA

Me sentí acorralada. Pero ya no me importa.

¡Y no me voy a casar con él!

ROSARIO

Bravo. (*Se acerca y la besa*)

AMANDA

Y ahora léeme tus “locuras de muchacha enamorada”.

[*Indica las cartas*]

ROSARIO

[*Obedece, empieza a leer*] “Tengo que decirle que lo amo,

con palabras que son purō silencio y que al crecer dentro de mí, me ahogan. Entonces me entrego a peligrosas alucinaciones: le veo surgir de entre los árboles altos, el sol se filtra por el follaje, iluminando su rostro. Está usted serio, su mirada es profunda y yo estoy conmovida. En estas mis peregrinaciones amorosas, pongo en sus labios palabras ardientes. Me jura amor eterno. ¿Soy muy atrevida? De pronto mi sueño se torna tan real, que puedo aspirar la fragancia del aire, el aroma de los peumos, y el cielo me parece doblemente azul ¡porque usted me ama!" [Calla].

AMANDA

¡No te detengas! Quiero fijar en la tela esa atmósfera. Pintar el verde ¡pintar la luz... el amor! [Pausa] ¿Dónde lo conociste?

ROSARIO

Un verano, en su hacienda. Después acompañaba a mi padre al Congreso, por ver a don José Manuel. Era muy apuesto. Por él empecé a interesarme en la política. Pero era un amor imposible: ya estaba casado. Luego vino mi noviazgo con Alberto. También lo escuchaba hablar en el Congreso.

AMANDA

Era un viudo muy atractivo ¿no? [Sonríe con dulzura] Y con un hijo encantador. [Calla y se escucha el piano] Bueno, continúa leyendo.

ROSARIO

"Dicen que se ha vuelto usted hosco y solitario, que rehuye los afectos por mejor atender los asuntos de Estado. ¡Cómo pudiera hacerle llegar un poco de este amor que a mí me sobra!" [Abre otra carta] "Mi amor por usted es puro, como el que profesan las religiosas al esposo divino. Y no piense que por ello lo veo como a un ser sobrenatu-

ral: ¡amo al hombre magnífico que es usted, don José Manuel! Y si me atrevo a nombrarlo es porque..." [Se interrumpe y mira hacia la puerta, luego a Amanda] ¿Oíste? ¿Corina? [Al no obtener respuesta, continúa] "Y si me atrevo a nombrarlo es porque estoy decidida a quemar estas cartas." [A Amanda] Ya ves que no tuve el valor.

[Al alzar la vista ve a Alberto que acaba de entrar silenciosamente. Nerviosa, deja las cartas.]

ALBERTO

Tu profesora de piano envió a su cochero con un mensaje.

ROSARIO

¿Que no podrá venir? ¿Quién está tocando el piano entonces?

AMANDA

[Alarmada, pensando que es Felipe] Disculpenme. [Sale]

ALBERTO

Vine a preguntarte si vienes esta noche a la ópera.

ROSARIO

[SIN OIRLO] ¿Quién está en la casa?

ALBERTO

¿Por qué? ¿Vienes al teatro?

ROSARIO

[Preocupada, ausente] Sí. Quiero decir, si me siento mejor.

ALBERTO

¿Estás enferma?

ROSARIO

Son estos insomnios. Anoche no logré conciliar el sueño.

ALBERTO

[La mira con intención] ¿No duermes bien, cuando duermes sola?

ROSARIO

Tengo jaqueca, perdóname. [Inicia salida]

ALBERTO

¿Tienes jaqueca desde que empezó la guerra civil? [*Ella va hacia el sillón por las cartas*] Hace ocho meses que te niegas a tu esposo.

ROSARIO

De veras, no me he sentido bien, Alberto.

[*Entra Corina trayendo la capa de noche de Rosario, la mira; ella indica que está bien; Corina sale.*]

ALBERTO

Hasta he llegado a pensar que me culpas a mí, por el alzamiento. Por si no lo recuerdas, el día 19 de Septiembre hay una función de gala en el Teatro Municipal. ¿Vas a venir?

ROSARIO

¿Tengo que mostrarme en el palco sonriendo como si estuviéramos en el mejor de los mundos?

ALBERTO

Ah. Porque NO estamos en el mejor de los mundos. [*Sirviéndose una copa de licor*] La Junta quiere darme un cargo de responsabilidad, y como hombre público debo parecer intachable. Eso incluye la asistencia al palco "con mi esposa".

ROSARIO

Bueno, si es tan, tan importante...

ALBERTO

¡No sé qué diablos te pasa! ¿Quieres guardar luto por el muerto de hoy?

ROSARIO

Deja los sarcasmos.

ALBERTO

Y no te preocupes por esas cartas. Las leí todas.

ROSARIO

[Lo mira con enojo] ¿Con qué derecho?

ALBERTO

Con el que me asiste como dueño de esta casa, y marido.

[Brindando] Salud por tu . . . "hombre magnífico". [Bebe]

Un "amor santo". ¿Lo fue, en verdad? [Ella hace un ade-

man de protesta] Sí, lo sé: no hay culpa. Casi lo siento.

Una culpa puede ser perdonada, en cambio, la perfección

. . . ¡es irritante!

ROSARIO

¿Perfección?

ALBERTO

No te has sentido bien desde que empezamos a atacar a

tu querido "don José Manuel". [Pausa. Toma una de las

cartas] ¿Qué tuviste que ver con ese hombre funesto?

[Arruga la carta y la tira. Sale. Baja la luz y se oyen voces en la calle. Mientras las luces van subiendo sobre el sector calle, se oyen las voces recitar, solo y coro:]

"Brindo dijo un Josefino
cuando tocan a saqueo
los de sonata y manteo:
soy ladrón y el más ladino
no hay con qué comparar
en menos de un cuarto de hora
les desocupo un hogar."

PASACALLE

Fachada del Club de la Unión, el de la aristocracia santiaguina. Son las 4 de la tarde. Están bajando un lienzo que representa a la

"Constitución del 33," El Ejecutivo y el Parlamento. La Constitución es una dama ampulosa y bizca, mirando a la vez a sus dos galanes [ejecutivo y parlamento]

Entran Rosita y Corina, Corina sale, Rosa mira el lienzo.

ROSA

Aquí la espero, doña Corina. [*Hacia arriba*] Ustedes, los de allá arriba ¿qué están anunciando?

VOZ MASCULINA

Aquí frente al Club, va a ser "La Farándula de la Constitución". A la noche. Venga, pues.

[Entra Ramón, Rosa le sale al paso, le habla, muy coqueta]

ROSA

¡Don Ramón! Acompañé a doña Corina a la Parroquia para verlo en el Club: quería avisarle que la señorita Amanda va a ir al teatro, pero con don Alberto y misiá Rosario.

RAMON

¿Estás segura?

ROSA

Sí, don Ramón. [*Con evidente coqueteo para retenerlo*] Oiga, quiero hacerle una pregunta, siempre que no sea molestia.

RAMON

[Cayendo en su juego de coqueteo] Dime, niña Rosa.

ROSA

[Indica cartel] ¿Por qué a esa señora la pintaron bizca, mirando a los dos caballeros a lado y lado?

RAMON

Cosas de la política, muchachita. [*La toma del brazo*] Y no es fácil de explicar. La Constitución... ¿sabes lo que es?

[*Ella niega*] Nuestra carta fundamental donde están escritas las leyes. Esta fue redactada por dos señores de criterio diferente. [*Ha entrado el organillero, Ramón toma a Rosa por el talle, insinuante*] Así es que ha causado muchos disturbios, porque unos piensan que favorece al Presidente y otros al Congreso . . . [*Lo dice con voz muy cálida*] Eres muy linda, Niña Rosa, pero me esperan en el Club.

[*Al besar a Rosa, ve al Organillero*]

RAMON

Vaya. Nuestro héroe. No he olvidado mi promesa. Ahora les hablaré a esos señores de tu pensión. [*Se lo queda mirando*] Oye ¿no fue la mano derecha la que te volaron los balmacedistas en Concón?

[*El Organillero se da cuenta de su error, con la manga doblada*]

ORGANILLERO

¿La derecha, su merced? No, parece que fue la izquierda. Bueno, uno se confunde, la derecha, la izquierda . . . [*Muestra la mano izquierda que tenía oculta, enseñando a Ramón ambas manos*] La verdad, su merced, que al estar sin trabajo y a medio vivir . . . [*Ramón molesto, entra al club saliendo de escena*] . . . viene a ser "la misma".

[*Pasa Corina llevándose a Rosa, el Organillero se aleja*]

Los Salones del Club. Suave música ambiental; plantas de interior lo tipifican. Una mesa, Alberto bebe vino. Llega Ramón desde la calle]

ALBERTO

Se ve alterado, don Ramón. [*Lo invita a sentarse con el gesto, él accede*]

RAMON

Me hicieron caer otra vez con el cuento del soldado inválido. ¡Rotos sinvergüenzas! “Voilà”. Me pasaron por el aro. [*Bebe*]

ALBERTO

[*Burlón*] Y yo que lo hacía instruyendo a la plebe. Lo escuché hablar de la Constitución.

RAMON

¡La plebe! ¡Qué les va a enseñar usted! Astutos, sí, pero duros de mollera, supersticiosos... Ahora que Balmaceda se suicidó, harán de él un mártir. Una de sus animitas milagrosas.

ALBERTO

Ya conoce el dicho: “no hay difunto malo”.

RAMON

¿Lo encuentra gracioso? Oiga, no luchamos todos estos meses para que endiosen a uno que estuvo a punto de arruinar el país con sus “modernismos”. Dígame ¿para

qué sirvió su Ministerio de Obras Públicas y la Sociedad de Fomento Fabril? Para “fomentar” el ocio y la burocracia. Y ese criadero de zánganos que llaman “empleados públicos”.

ALBERTO

[*Calmado en contraste con la alteración de Ramón*] Si se refiere a sus esfuerzos por impulsar la industria, un mandatario tiene el deber de marchar con su tiempo. Y no tuvo todo el mérito tampoco: continuó la obra iniciada por los presidentes anteriores.

RAMON

Marchar con su tiempo, sí, pero ¡sin atropellar los intereses de los sectores más importantes de la sociedad...! Hablo de la Iglesia, el capital británico y “nuestra” clase, don Alberto. ¡No nos saquemos la suerte entre gitanos!

ALBERTO

[*A la defensiva, burlón*] ¿Cómo así?

RAMON

¡El medio-pelaje no tiene capacidad para administrar este país! No me va a negar que Balmaceda trató de anularnos con aquella proliferación de empleados públicos, gente mediocre, arribista. Y como si fuera poco, se propuso expropiar las salitreras de los ingleses.

ALBERTO

Nunca dijo que lo haría.

RAMON

Lo anunció en sus discursos populacheros y lo repiten sus partidarios. [*Bebe, excitado. Alberto lo mira como si viera en él su propia caricatura*] ¿Sabe lo que andan diciendo esos... pelafustanes? Que por los pasillos del Congreso Nacional corrieron ¡doscientas mil libras de coima! [*Alberto no reacciona*] ¿Qué le parece?

ALBERTO

[Irónico] Una exageración.

RAMON

¿Cómo?

ALBERTO

No llegaron ni a cien mil, don Ramón.

RAMON

¿Se burla? ¿O se pasó al bando balmacedista?

ALBERTO

Los ingleses tienen que pagar. Cuidamos sus intereses.

RAMON

¿No era usted el que aseguraba que defendíamos “nuestros” intereses, los de esta Nación? El país se beneficia sobradamente con el impuesto de salida del salitre, fletes y demás. Pero Balmaceda con su aire mesiánico, quería jugar al héroe, hablando de expropiar las salitreras.

ALBERTO

No estaba tan loco. ¿Cree que hay suficiente dinero en nuestras arcas como para echarlas a andar? Si se las expropiamos a los ingleses ¡las compran enseguida los alemanes!

RAMON

[Bebe un trago, preocupado] ¿Usted cree?

ALBERTO

No sólo existen los ingleses y los chilenos, don Ramón. Estos países nuestros son algo como los campos de batalla donde las potencias extranjeras se disputan las materias primas.

[Se escuchan tambores y clarines]

RAMON

La parada militar. Los enemigos se unen para el desfile patriótico. Hm. [mirando su reloj de cadena] Vaya, se hace tarde, le prometí al señor Edwards acompañarlo a ver

la "parada" al Parque. Ah, los banqueros. ¡Termina uno convertido en lameculo! [*Bajando el tono*] Estoy mal, amigo mío. El fundo hipotecado, deudas de la hípica, y mi herencia ¡ahogada en papeleos! Y ahora, lo que me faltaba, su sobrina Amandita, me rehuye. Debí quedarme en París. Este es un país "merdeux" . . .

[*Lo dice al salir. Se escucha barullo en la calle, fanfarrias, y una voz que recita:*]

"La causa de nuestros males
no digan que es Balmaceda
yo que le seguí la pista
digo que son los congresistas
tumbalatumbalá
digo que son los congresistas

[*Se oye un tumulto, carreras.*

[*Desde hace un instante a entrado
don Vicente, un hombre mayor.*]

ALBERTO

Don Vicente ¿me acompaña? [*Se levanta y lo invita a sentarse, Vicente acepta*]

VICENTE

Gracias. [*Escuchan las voces un momento*]

ALBERTO

Las opiniones están divididas.

VICENTE

Después de la guerra civil, vienen los rencores.

ALBERTO

Bebamos entonces por la paz y por el olvido de esta guerra.
[*Alza su copa*]

VICENTE

Por la paz. [*Bebe un trago, deja la copa*] Por el olvido de esta guerra ¡no! Volveríamos a cometer los mismos errores. Es más, ¡ya lo hemos hecho!

ALBERTO

[*Desconcertado*] Usted estuvo de parte de . . .

VICENTE

De ninguno de los dos bandos.

ALBERTO

¿A qué error se refiere, don Vicente?

VICENTE

Esta guerra, provocada por los congresistas conservadores, repite la de los años treinta, cuando el General Prieto derrocó en Lircay un gobierno de liberales, legalmente establecido, pretextando faltas a la Constitución.

ALBERTO

Eso fue en 1830, hoy las circunstancias son muy diferentes.

VICENTE

[*Irónico*] ¿Le parece? Un alzamiento provoca otro. Haga memoria: los liberales vencidos se alzan contra los gobiernos conservadores en los años 37, 51 y 59. Y ahora, en el 91, sesenta años después, los conservadores derrocan un gobierno liberal, legalmente establecido, pretextando faltas a la Constitución. Sólo que ¡con más muertos! Diez mil muertos.

ALBERTO

Si me permite, cuenta usted la historia en forma bastante subjetiva.

VICENTE

[*Sin hacer caso de su observación*] Y fíjese en el detalle: Los conservadores del General Prieto establecen entonces un gobierno autoritario, presidencial. Pero ahora que ese autoritarismo presidencial había caído en manos de un liberal, los conservadores deciden que es mejor ¡el parlamentarismo! ¿No le huele esto a una simple pugna de poderes disfrazada de patriotismo y todo lo demás? [*Son-*

rie con sencillez] Se estará usted preguntando qué saben de política estos viejos gaga.

ALBERTO

[Respetuoso] No faltaba más, don Vicente.

VICENTE

Los viejos tenemos más cerca el pasado. Los jóvenes suelen pensar que la historia empieza con ellos.

ALBERTO

Admita usted que los liberales de los años treinta estaban llevando el país al caos con sus famosas leyes “progresistas”. Los conservadores de Prieto cumplieron una misión histórica al derrocarlos y establecer un gobierno fuerte. No olvide que el inspirador de la actual Constitución fue nada menos que el ilustre estadista ¡don Diego Portales!

VICENTE

[Ladino] Asesinado poco después por un motín liberal, con dos tiros de fusil y ¡treinta y cinco bayonetazos! ¿Se imagina lo que es clavarle a un hombre, prisionero y engrillado, TREINTA Y CINCO veces la bayoneta?

ALBERTO

[Molesto] Perdone ¿a qué viene eso?

VICENTE

Preferimos olvidarlo ¿verdad? ¿No se da cuenta que nuestra fama de moderados, “los ingleses de Sudamérica”, no es más que un mito? Somos gente de extremos, don Alberto. Vea nuestro pueblo: tan pronto sosegado como agresivo. Brindan amistosos luego, sacan cuchillo. Y ahora, celebrando, la euforia del vino y el vandalismo. Jolgorio y cacería de balmacedistas ¡zamacueca y saqueo!

ALBERTO

No sé a qué quiere usted llegar.

VICENTE

¡No había que desatar la violencia! *[Pausa]* Permítame

leerle un párrafo de este libro [*lo saca de su bolsillo*], escrito entre estas dos guerras civiles por don Federico Errázuriz "Chile bajo la constitución del 28". Ironiza el alzamiento de los conservadores del General Prieto. ¿Me permite?

ALBERTO

[*Educado*] Por favor.

VICENTE

[*Lee*] "El ejército de Prieto levantaba el estandarte de la rebelión en nombre de la Constitución, en obsequio de la libertad, en defensa de los derechos de los pueblos . . . ¡nombres pomposos que traían los soldados en el cañón de sus fusiles, proclamándose protectores de la constitución, a la que asestaban un golpe mortal! convirtiendo así, la sedición de cuartel ¡en garantía constitucional!" [*Un silencio*] ¿Qué me dice? ¿No es lo que acabamos de vivir, don Alberto?

ALBERTO

Es un enfoque . . .

VICENTE

[*Cortando*] Ese es el error que hemos vuelto a cometer. Jóvenes idealistas que dieron la vida en esta guerra civil, creyendo defender la Constitución cuando, en verdad, ¡estaban violando la Constitución! [*Alza su copa*] Brindemos por la buena memoria de los chilenos. [*Pausa*] ¿Ofendido?

ALBERTO

[*Disimulando su mal humor*] En absoluto. Sólo que los enfoques pueden ser muy diferentes. La historia jamás se repite. Han variado las circunstancias y . . . [*Desanimado*] No vale la pena discutirlo.

VICENTE

[*Con firmeza*] Sí, señor. Vale la pena [*Se levanta*] La

lucha por el poder puede convertirse en un juego muy peligroso: en esta guerra ¡perdí a mi hijo! [Sale]

ALBERTO

[Para sí] Ese fue un golpe bajo, don Vicente.

OSCURO. RUIDO DE CARRUAJES.

PASACALLE

Una calle, Rosario y Rosa vuelven a la casa como viniendo de la Parroquia. Se detienen para escuchar unas voces que recitan:

Hoy el almirante Montt
que con la escuadra se alzó
y el General del Canto
que con las tropas luchó
celebran en la Alameda
la derrota de Balmaceda
en Placilla y Concón
¡Viva la Revolución!

[Se alejan las voces pero durante toda esta escena hay voces y barullo de fondo]

ROSA

Cuando saquearon las casas el mes pasado, andaban cantando esos versos, misiá Rosario.

ROSARIO

Le pedí al señor cura que viniera a la casa de enfrente, a hacerle compañía a tu amiga y su mamá.

ROSA

Si andan tan alzados los hombres ¿cuándo un curita va a saber defenderlas?

ROSARIO

¿Defenderlas de qué?

ROSA

Los patrones se fueron y se llevaron hasta los muebles. Será que los amenazaron, digo yo. *[Indicando]* Mire, ahí viene el patrón don Alberto.

[Entra Alberto y toma del brazo a Rosario]

ALBERTO

Espera. Tengo que hablarte.

ROSARIO

¿Aquí en la calle?

ALBERTO

Eso ayuda a dialogar civilizadamente ¿no crees? Ve a la casa, Niña Rosa. *[Rosa se aleja]* Te invito a tomar el té en la confitería.

ROSARIO

No estoy de ánimo para confiterías.

ALBERTO

Ultimamente no estás de ánimo para nada.

[Han regresado los del coro se detienen a escuchar]

Abajo el ministro Godoy
abajo el General Barbosa
que mandaba la represión.
Hoy en todo Chile se goza
gracias al Almirante Montt
gracias al General del Canto
del respeto a la Constitución
¡Viva la Revolución!

VOZ LEJANA, GRITA:

Año mil ochocientos noventa y uno ¡se implantó el orden y la justicia! ¡Vivan los Congresistas!

[Vuelve el silencio]

ALBERTO

Tranquila, están celebrando. ¿Qué te preocupa?

ROSARIO

Todo. Las calles dan una terrible sensación de inseguridad.

ALBERTO

Vamos a la casa.

[Baja la luz en sector calle mientras salen ellos.]

En el salón de la casa. Corina y Rosa traen bandejas para servir té y dulces. ROSARIO que entra con Alberto se ve serena. El parece muy nervioso.

ROSARIO

Querías hablarme: te escucho.

[Corina y Rosa salen]

ALBERTO

Y bien, se trata de aclarar de una vez por todas tu rechazo. Si tiene que ver con la guerra civil, tiene que ver con Balmaceda. El la provocó con su soberbia. *[Pausa. Rosario se sirve té]* Si nos alzamos fue porque él violó la constitución. Y si nos negamos a votar esa Ley de Presupuestos, fue para obligarlo a renunciar. Pero él aprobó la Ley del año anterior ¡lo que es absolutamente inconstitucional! y tomó todo el poder en sus manos, clausuró el Congreso... ¡sabiendo que tenía la inmensa mayoría en su contra! Y ese infundio que se corrió de que nosotros, la oposición estuvimos boicoteando su gobierno, es totalmente falso.

[Se detiene para ver el efecto que causan sus palabras en Rosario. Ella toma serenamente su té]

ROSARIO

No estamos en el Senado. ¿Ante quién tratas de justificar...? *[Calla]*

ALBERTO

[*Agresivo*] ¿Justificar qué? ¿El alzamiento? ¿Los muertos? Ya entiendo: tu marido no puede tocarte porque tiene sus manos ¡manchadas con sangre! ¡Con sangre inocente!

ROSARIO

Tú lo dijiste. Yo no.

ALBERTO

Estás ahí como si habláramos del tiempo. ¡Esto es muy serio! ¿No entiendes que nuestro pueblo es belicoso y quiso ir a la guerra? ¡Cuántos contingentes de voluntarios no se pusieron en el acto a nuestras órdenes! Puede que algunos no comprendieran el significado de la revolución, pero confiaban en sus líderes. ¡Y se les pagó bien! En el caso de las “bajas”, o invalidez, se determinaron pensiones justas.

ROSARIO

Ya veo.

ALBERTO

Ves ¿qué?

ROSARIO

Las viudas de los vendedores se acuestan con una pensión. Las otras, las de los vencidos, se aguantan.

ALBERTO

¿Qué te dio por defender a las viudas?

ROSARIO

Las viudas pobres. No van a la guerra, pero pierden a sus maridos y a sus hijos.

ALBERTO

[*Va a tomar el té, deja la taza, murmurando:*] Sangre inocente en mis manos...

ROSARIO

Jamás dije eso.

ALBERTO

Pero lo piensas. Cuando la epidemia del cólera, llegabas trastornada de esos conventillos. Te cambió tu modo de ser porque viste morir a unos pocos apestados.

ROSARIO

¿No tenían derecho a ser atendidos como tú o yo?

ALBERTO

No se puede parcelar la realidad, hay que ver las cosas dentro de un contexto y de acuerdo a las circunstancias.

ROSARIO

[*Reaccionando*] ¿Qué circunstancias, qué contexto? No hablamos el mismo idioma: para tí los que mueren de peste y de miseria son "pobres diablos", los que mandan a morir en las guerras son "valientes soldados". El que mata por hambre, es un asesino, un bandido, pero el que mata a las órdenes de un general, aunque sea a su propio hermano, ése es un héroe. Cambiándole el nombre a las cosas, usando otro lenguaje, lo bueno se convierte en malo, lo malo en bueno. [*Se calma*] Perdona, si hablo así, es porque estoy dolida. Esta guerra me parece tan inútil, tan injusta . . .

ALBERTO

Como todas las mujeres, hablas con los sentimientos.
[*Ahora toma su té y la mira con superioridad*]

ROSARIO

Y los hombres hablan y piensan con la mente fría.

ALBERTO

¿Y qué pretendes? ¿Que administremos el país con los "sentimientos"?

ROSARIO

Y qué tal si *también* con los sentimientos? [*Un silencio*]
Porque no digas que hay sentimiento en los discursos de

los brillantes oradores. Jamás hablan de lo que realmente importa.

ALBERTO

[*Burlón*] ¿Qué es lo que “realmente importa”?

ROSARIO

Las mujeres pobres pierden a sus hijos en unas guerras que no comprenden y de las que no sacan beneficio alguno. ¿Hablan de eso los oradores? ¿Lo menciona la Constitución?

ALBERTO

No confundas las cosas, Rosario. [*Irónico*] ¡La Constitución prohibiendo la miseria y las guerras!

ROSARIO

Las guerras inútiles.

ALBERTO

Todas lo son o ninguna.

ROSARIO

¡Me refiero a “ésta guerra civil! Hablas en forma tan impersonal... Te hablo de seres humanos que tienen un nombre, a quienes les duele cuando los hieren, a quienes sus madres lloran cuando los matan. Y tú hablas de cifras, de “contingentes”, de “bajas”, entonces ¡las guerras no parecen peligrosas! Me alegro de no haber traído hijos al mundo. ¿Nunca pensaste que el tuyo pudo ser una de esas “bajas”?

ALBERTO

Felipe estudia música en Francia y le tiene sin cuidado lo que ocurre en su país.

ROSARIO

¿Y los otros padres? A tu hermano le mataron dos muchachos en Lo Cañas.

ALBERTO

[*Reacciona, brusco*] ¡Dije que no se mencionaría nunca Lo Cañas en esta casa!

ROSARIO

Te duele. Y a mí. Pero prefieres dejar fuera los sentimientos.

ALBERTO

Calla, mujer. Nadie deja fuera los sentimientos.

ROSARIO

[*Alterada y dolida*] No sé cómo crían las madres a sus hijos que en cuanto se hacen hombres ¡buscan pretextos para matarse entre ellos! ¿Por qué razón, dime? ¿Por qué razón?

ALBERTO

Rehuír una guerra es cobardía. Los hombres necesitan poner a prueba su valor. Nuestras Fuerzas Armadas nunca fueron vencidas ¿sabías eso? Tienen fama de valientes en el mundo entero.

ROSARIO

[*Con ironía*] Y ahora ¿quiénes fueron los vencidos?

ALBERTO

Vaya. No lo había pensado. [*Sonríe*] Resulta, entonces, que nuestras Fuerzas Armadas sólo han sido vencidas por nuestras propias Fuerzas Armadas.

ROSARIO

Y los saqueos y los vandalismos ¿también son actos de valentía?

ALBERTO

Ese es otro asunto: venganzas por las represiones de Balmaceda y las masacres.

ROSARIO

El presidente no tuvo que ver en las masacres.

ALBERTO

Claro que no, con su famosa "Orden-Ruego": ordeno que se castigue, pero ruego que no me lo vengan a contar.

ROSARIO

Las represiones y las masacres durante la guerra civil, no son "otro asunto", como dices: fueron provocadas por los que se alzaron contra el gobierno. Y ahora este vandalismo es venganza por las represiones. Es cuento de nunca acabar. Son los riesgos de desatar la violencia.

ALBERTO

¿Tratas de defender a Balmaceda?

ROSARIO

No. Pero me pregunto por qué tuvieron que acosarlo en esa forma ¿Qué era lo que corría peligro con su gobierno? ¿El poder de un Partido, de un círculo social? ¿Las posesiones de unas cuantas familias? ¿Las salitreras de los ingleses, los sueldos que pagaba Mister North?

ALBERTO

[Violento] ¡Que me insulten en mi propia casa es inaudito!

ROSARIO

Perdona. No pensaba en tí. ¡Es que odio esta guerra que no termina! ¡Odio la violencia y la crueldad de los hombres!

ALBERTO

Cálmate. [Pausa] No estoy defendiendo las guerras. Pero ¿acaso la soberanía de un país, o los ideales libertarios no cuentan? [Indica hacia el fondo del salón, donde luego se iluminarán los retratos de los abuelos] Tus parientes y los míos que cayeron con gloria en las batallas ¿acaso dieron su vida en vano?

ROSARIO

[Para sí, murmura] Habría que preguntárselo a los muertos.

[Alberto va a tirar de un cordón de seda de

llamada, Felipe entra sin ser visto y se queda en un costado]

ALBERTO

[A Rosario] ¿Qué dijiste?

ROSARIO

Nada.

[Entra Corina, responde al llamado]

ALBERTO

Corina, avisa al cochero que vamos en el "coupé". *[A Rosario]* Al fin ¿vienes a la ópera? *[Ella asiente, él sale]*

[Rosario al salir lleva una lámpara, queda el salón en penumbra, Escucha un ruido, se vuelve:]

ROSARIO

¿Quién está ahí?

[Al no obtener respuesta, sale. Felipe se acerca a los retratos del fondo que poco a poco se iluminarán]

FELIPE

[Para sí] Yo estoy aquí, querida Rosario. Qué alegría volver a verte. *[Se envuelve en su capa y se acomoda en un rincón como si estuviera cansado y quisiera dormir]* Sí, ella tiene razón. Hay que preguntárselo a los muertos gloriosos.

[Queda oscuro el sector donde se instaló Felipe, mientras se dejan oír lejanas clarinadas, y una marcha marcial, haces de luz iluminan unos retratos]

INTERLUDIO

En el sueño de Felipe, hablan los retratos de los parientes que se encuentran en el muro del fondo. Pueden ser marcos vacíos, o haber en los marcos rostros de actores caracterizados. Se iluminan a medida que hablan, para identificarse, Muerto 1, Muerto 2 y Muerto 3. El Muerto 4 no está visible.

MUERTO 1

En verdad las guerras son aberrantes: países hermanos disputándose un trozo de territorio. Y cuando terminan ¡sólo hay perdedores!

MUERTO 2

Extraño lenguaje. ¿De qué guerra es usted?

MUERTO 1

Mil ocho treinta y ocho, contra la Confederación Perú Boliviana. Soy su tío, Comandante.

MUERTO 2

¡Bravo! Defendió usted la supremacía de Chile en el Pacífico. Estudié esa guerra en la escuela. Yo soy de la del setenta y nueve: le ganamos a Bolivia toda una provincia, salitreras incluidas.

MUERTO 1

¡Cuántos muertos por arrebatarle territorio y riquezas a un país hermano!

MUERTO 2

¿Hermano, dijo? No me haga reír. Bolivia pretendía apropiarse de nuestras salitreras porque estaban en su territorio.

MUERTO 1

Y dejaron a ese país sin salida al mar. He ahí el germen de una futura guerra.

MUERTO 2

¡Que volveremos a ganar! ¡Viva Chile! [UN SILENCIO]
¿Por qué calla?

MUERTO 1

Soy un muerto antiguo, no me quedan ínfulas patrióticas.

MUERTO 2

¿Dónde cayó?

MUERTO 1

Yungay.

MUERTO 2

Caramba, tío. ¡Una de las gestas más heroicas de este siglo!

MUERTO 1

De las más sangrientas. Nunca se vio carnicería igual.

MUERTO 2

Alto ahí. ¡No le permito referirse a nuestras glorias patrias en ese tono!

MUERTO 1

¿Glorias patrias? ¿Ir a matar soldaditos bolivianos, campesinos en uniforme que seguramente añoraban sus campos de maíz?

MUERTO 2

[Airado] Es usted un derrotista, un antipatriota. ¡No lo seguiré escuchando!

MUERTO 3

Es penoso oír a los muertos pelearse como si siguieran con vida.

MUERTO 2

¿Quién habló? ¡Identifíquese!

MUERTO 3

Un muerto sin gloria. Morí en mi lecho. Mis batallas las di en el Club de la Unión.

MUERTO 1

Se burla. Y con razón. Antes solía creerme un muerto heroico. Volví a escalar una y otra vez el cerro Pan de Azúcar, durante la batalla de Yungay. Allí escuché la arenga de nuestro general: "¡Habéis luchado contra lo inexpugnable y habéis vencido! ¡América respira, libre del tirano de Bolivia, el General Santa Cruz, viva Chile!".

MUERTO 2

¡Bravo, bravo!

MUERTO 1

La escuché tendido en una ladera, muerto entre muertos. Ascendíamos clavando las bayonetas, y las uñas en tierra para no resbalar por la pendiente. Las descargas de fusilería y los gritos no dejaban oír las voces de mando: "Arriba, valientes recordad a vuestros héroes ¡matad para sobrevivir!". Nos acercábamos a la cima cuando hicieron rodar sobre nuestras cabezas enormes peñascos. ¡Horrible mortandad! Pero seguíamos escalando, abriéndonos paso a cuchilladas, pisando en los charcos de sangre ¡los sesos de los soldados bolivianos a los que debíamos partirles el cráneo a culatazo para avanzar! Y ahí quedé tirado, muerto entre los muertos de la colina, oyendo las fanfarrias y los gritos de victoria...

MUERTO 2

¡Qué muerte heroica!

MUERTO 1

Muerte de mierda.

[Un silencio. Algunas clarinadas en lontananza]

MUERTO 2

Usted, el que murió en su lecho, no se preocupe: a todos nos sobrevienen crisis antiguerreras. ¿Ya pasó, tío?

MUERTO 1

Sí, estoy mejor, gracias.

[Surge una voz dramática de un espacio en el que no hay retrato]

MUERTO 4

¡Mi muerte se llama "Pozo Almonte"!

MUERTO 2

Vaya ¡uno más! No veo su retrato.

MUERTO 3

¿Pozo Almonte? Las salitreras. Un muerto reciente.

MUERTO 4

¡Mi dolor se llama Pozo Almonte!

MUERTO 2

¿Quién es usted?

MUERTO 4

Coronel Robles, defensor del gobierno de Balmaceda. ¡Mi vergüenza se llama Pozo Almonte!

MUERTO 3

¡Un desertor!

MUERTO 4

No, señor. Me retiré del campo de batalla para curar mis heridas. El oficial que dejé a cargo se rindió. De pronto, unos vándalos congresistas se abalanzaron sobre mí y me destrozaron a cuchilladas. Testigo fue el oficial que aguardaba justo bajo mi camilla ¡toda mi sangre cayó sobre él!

MUERTO 3

¡Dios! ¿Por qué ese salvajismo de rematar a los heridos?

MUERTO 2

"Repasar", se dice. Una tradición, señor. Repaso de he-

ridos y prisioneros. Seguramente usted, Coronel Robles, había dado antes esa misma orden.

MUERTO 4

¡Calumnias! Pero ¿quién puede contener a los soldados que generan odio mientras se baten bajo un sol abrasador? Vi a los obreros del salitre, enganchados como reclutas, la mitad por un bando, la mitad por el otro. Les daban algo parecido a un uniforme, un rifle y pocas municiones. Cuando se les terminaban, sacaban sus corvos y se destripaban entre ellos ¡sin tener motivo alguno para hacerlo! [*Un silencio*] Los que hacían la guerra desde el Club como dijo el señor, anotaban las bajas y calculaban las pérdidas en libras esterlinas.

MUERTO 3

¡Calle, Coronel Robles! ¿Qué sabe de mi vida? Usted escogió la carrera militar ¿no?

VOZ DE FELIPE

¡Silencio! ¡A callar los muertos!

[Estallan las clarinadas, se oyen tiros de cañón y voces confusas, voces y gritos:]

VOCES DE MANDO

“¡Arriba! ¡Matad para sobrevivir! Toquen a degüello!
¡Vencer o morir...!”

[Se ve la silueta de Felipe que se levanta, cubriéndose los oídos, grita:]

FELIPE

¡A callar! ¡Basta! [*Se retira hacia el fondo, se han apagado los haces de luces*]

C U A D R O V I
[Entra Amanda con vestido de gala pero descalza, trayendo un candelabro con velas encendidas que proyectan su luz en el salón oscuro. Felipe avanza hacia ella]

AMANDA

¡Felipe!

FELIPE

Amanda . . .

AMANDA

Me pareció oír voces . . .

FELIPE

[Sonríe indicando los retratos] Hablaba con los muertos.

AMANDA

¿Tú tocabas el piano al mediodía? [El asiente] ¿Por qué bajaste?

FELIPE

Te buscaba. Pera pedirte perdón.

AMANDA

Perdón ¿Por qué?

FELIPE

Piensas que es mejor olvidarlo. Siempre fuiste compasiva, Amanda. Te diste cuenta de mi angustia. Me porté muy mal. No sé cómo pude . . . ¿no vas a decir nada?

AMANDA

¿Qué quieres que diga?

FELIPE

No lo sé. Insúltame. [*Toma de sus manos el candelabro y lo deja en algún sitio. Con voz muy cálida:*] Abrazarte fue como volver a la vida. Fue sacarme esa muerte de encima. Pero no tenías por qué . . . [*Calla, y besa la palma de su mano, que ha tomado entre las suyas. La mira, serio*] ¿Por qué me dejaste abusar de tí, Amanda?

AMANDA

No le des un nombre tan feo.

FELIPE

¿No te importa que haya abusado . . . ?

AMANDA

[*Cortando*] Dije que no lo llares así.

FELIPE

¿Cómo debo llamarlo?

AMANDA

Amor.

[*Se miran en silencio*]

FELIPE

¿De veras no fue compasión? [*Ella niega*] Amanda, el mundo está desquiciado. Y yo con él. Entonces, el dolor te duele más, la desesperación es más negra. Pero si hay una luz ¡es más clara! [*La abraza*] Perdón por haberte pedido antes perdón. Estaba ciego al pensar que sólo sentías pena por mí. Respondiste a mi abrazo con mucha pasión.

AMANDA

Te amo y eres el primero a quien me entrego. ¿Me crees, verdad?

FELIPE

Lo que no puedo creer es que merezca tu amor.

AMANDA

Felipe ¿no soy yo la que debo disculparme?

FELIPE

¿Tú?

AMANDA

Hoy por la mañana no te rechacé. Ni siquiera fingí recato. Y ahora, soy la primera en decir "te amo". ¿Por qué?

FELIPE

Porque eres mi Julieta que grita su amor a las estrellas. Y luego se disculpa por su falta de pudor. Pero te tengo en mis brazos y nada puede separarnos. ¡Ya no hay Capuletos y Montescos! [*Con tristeza*] Amanda, había olvidado esta guerra. Y las muertes, y las desaveniencias. Si te pido que te cases conmigo ¿qué dirá tu padre, qué dirá el mío? ¡Me preguntarán de qué lado luché y . . .! [*Amanda pone su dedo en los labios de Felipe*]

AMANDA

Sht. Sube y descansa. Tenemos todo el tiempo del mundo para discutirlo. Adios.

FELIPE

¿Están ya por llegar?

AMANDA

No. Me esperan en el teatro. Regresaré pronto.

FELIPE

Dime, entonces, como Julieta: "La despedida es un dolor tan dulce, que estaría diciendo buenas noches hasta llegar el día."

[*Tomando el candelabro, retrocede algo, la mira*]

AMANDA

Y él ¿qué responde?

FELIPE

Que te quiero, Amanda. [*Sigue retrocediendo como para salir, al fondo, desde donde le habla*] "Descienda el sueño

sobre tus párpados y sobre tu pecho, el reposo . . . ¡Quién fuera sueño y reposo para descansar tan deliciosamente!”

[Sale con el candelabro. Amanda se retira]

OSCURO

SE ESCUCHA UN INSTANTE LA SONATA
AL PIANO. LA MISMA QUE ESCUCHA-
MOS ANTES.

Fin de la Primera Parte de la Obra.

ENTREMES

La noche del mismo día, 19 de Septiembre de 1891, calle frente al Club de la Unión donde tiene lugar LA FARANDULA DE LA CONSTITUCION. Escena carnavalesca: actores con grandes cabezas representan en gran guiñol, esta farándula política. Las caricaturas de los personajes son al estilo de las que se veían en las revistas chilenas de aquella época.

El Organillero, con una pianola trucada, anima la farándula y toca la música de los bailes indicados.

ORGANILLERO

¡Señores y señoras, atención!
 ahora empieza la representación.
 Verán cómo doña Constitución
 fue culpable de una revolución.

[Compases de una polca. Bailan los tres cabezones, la Constitución del 33, el Presidente y el Parlamento.]

ORGANILLERO

¡Primera "pata"!

ORGANILLERO

Al comienzo esta mujer veleidosa
 haciendo vista gorda a ciertas cosas,
 fue dominada por el Presidente,

quien consiguió un Congreso obediente
con fraude y cohecho electoral,
costumbre muy nuestra, bien inmoral.
Así, sin violar la Constitución
¡hizo lo que quiso en su gestión!

*[Al detenerse, los cabezones quedan situados
al centro de la escena. Se oyen aplausos y
animadas voces Hay al fondo un telón pintado
con los rostros de los supuestos espectadores
callejeros.]*

ORGANILLERO

¡Segunda pata!
Más, pronto se dio vuelta la tortilla:
doña Constitución, coqueta y pilla,
le dio un arma mortal al Parlamento.
Los senadores, llegado el momento
¡no aprobaron la Ley de Presupuestos,
ni aquella que regula los impuestos!
El presidente quedó sin resuello,
prácticamente, con la soga al cuello.

*[Los Cabezones ilustran lo dicho: Bailando una
refalosa, el Parlamento con las manos atadas
y luego soltándolo la Constitución, ambos le
ponen al Presidente la soga al cuello.]*

ORGANILLERO

¡Tercera y última!
El Presidente salió testarudo
clausuró el Congreso en cuanto pudo:
no renunció y tomó todo el poder.
Clamó el Parlamento ¡no puede ser!
¡Ha violado a doña Constitución,
desataremos la Revolución!

[Mientras bailan, ahora una zamacueca, el Organillero le pone a la Constitución un velo de novia y ramo de azahar. El Presidente con la sogá al cuello, queda tirado en un rincón]

ORGANILLERO

Y sólo nos queda por agregar
que estos dos novios se van a casar.

[Dando vueltas a la manivela, deja oír los compases de una marcha nupcial. Aplausos, saludos. El sonido se pierde poco a poco.]

OSCURO

CUADRO VII

Un palco en el Teatro Municipal. Un pequeño espacio para el pasillo. Está terminando una parte de la ópera El Trovador. Aplausos. En el palco están Rosario y Alberto, ataviados con sus trajes de gala. Terminan los aplausos.

ROSARIO

¿Y ese aire fúnebre? Vinimos a cuidar tu imagen. [*Sonríe saludando al público del teatro, a derecha y a izquierda; público que va creando con su actitud*] Pareces ofendido, Alberto.

ALBERTO

Cansado. [*Respira hondo*]

ROSARIO

[*A una imaginaria vecina de palco*] Señora Isolina ¡qué gusto de verla! Su hijita está preciosa. [*A Alberto*] Te están saludando.

ALBERTO

[*Responde al saludo. A Rosario*] ¿De cuando acá tan frívola?

ROSARIO

¿No era lo que querías?

ALBERTO

No.

ROSARIO

Estás "cansado" ¿de qué?

ALBERTO

De asumir un rol, en un mundo que no escogí. "Los hombres no lloran, niño. No debes mostrar cobardía..."

Debes cuidar el buen nombre de la familia. Y el rango: casa de dos pisos, fachada de mampostería, carruaje . . .

ROSARIO

Alberto . . .sht. [*Indica hacia los costados*]

ALBERTO

Abono a la ópera, viajes a Europa. Militar en el partido del padre y del abuelo, escalar altas posiciones políticas ¡y ya estás en las cúpulas del poder! Y piensas que sin tu esfuerzo el país no avanza. Tan alto estás y tan absorto en tus funciones que no te das cuenta que tu mujer ¡te ha mandado al carajo! [*Ha ido subiendo poco a poco la voz*]

ROSARIO

[*Alarmada*] Por favor . . . Estamos en vitrina. [*Saluda nuevamente. A él:*] ¿Qué te pasa?

ALBERTO

Nada. Una crisis de sinceridad.

ROSARIO

¿Te parece el lugar adecuado?

ALBERTO

No.

ROSARIO

[*Mientras saluda, educada, murmura hacia él*] ¿Qué te propones, Alberto?

ALBERTO

[*En voz queda, sin mirarla*] Reconquistar a mi esposa.

ROSARIO

Salgamos al pasillo.

[*Salen al pasillo, se les acerca Ramón y le dice algo en voz baja a Alberto. El reacciona con indignación:*]

ALBERTO

¡Pero esto es el colmo!

RAMON

[A Rosario] Corina mandó avisar que fueron unos milicianos a su casa a preguntar por Felipe.

ALBERTO

Voy a la Prefectura. ¡Es una canallada! Tengo que averiguar quién dio la orden.

[Ha llegado Amanda. Ramón se inclina ante ella]

ALBERTO

Sea gentil, don Ramón, acompañe a las damas. Llévelas a casa. [Sale, de prisa]

RAMON

Espere, don Alberto... [Hacia ellas] Están reparando mi coupé. La verdad es que vine con el señor Edwards. Debo prevenirlo.

ROSARIO

No se moleste: alquilaremos un victoria.

RAMON

¡No faltaba más! Abajo hay una confitería: pueden aguardarme ahí mientras hablo con el señor Edwards. Luego buscaré un coche.

[Se escucha la música de la obertura mientras Rosario y Amanda salen de escena. Ramón se retira, baja la luz.]

OSCURO

PASACALLE

Un farol del alumbrado de gas en una esquina de una calle. La música de la ópera se transforma en ruidos de carruajes, pasos, voces lejanas. Rosario y Amanda, envueltas en sus capas, miran, preocupadas.

AMANDA

La confitería cerrada y la calle llena de borrachcos.

ROSARIO

Y de gente agresiva.

[Se oyen gritos y galopes]

AMANDA

Estoy angustiada, Rosario. ¿Por qué crees que fueron a preguntar por Felipe? *[Estallando, desesperada]* ¡Felipe está en casa!

ROSARIO

Felipe en casa . . . ¿Desde cuándo?

AMANDA

Desde hoy por la mañana.

ROSARIO

Entonces, el sueño que me contabas . . .

AMANDA

Era real. Lo encontré arriba, en el cuarto de Corina cuando fui por mi vestido. Hablaba de Lo Cañas, donde mataron a sus primos.

ROSARIO

Esto es muy grave, Amanda. ¿Cómo no me lo habías dicho?

AMANDA

Me hizo prometer que no lo diría. ¡Cuidado!

[Se oyen gritos, barullo, ambas miran alarmadas hacia donde se escuchan las voces y se retiran hacia un rincón]

VOCES MASCULINAS

El día siete de enero
se alzó la escuadra irritada
siendo luego secundada
por nuestro país entero.
¡El dictador Balmaceda
se portó mal en la Moneda!

[Ruidos de riñas y paso de guardias montados]

Ahora son los opositores

los que nos tratan con rigor:

hoy, como se están portando

pues ¡Balmaceda era mejor!

Hoy día no hay vergüenza

la vergüenza se perdió

¡No digan que Balmaceda

ha sido el que la mató!

[Se escuchan carreras, persecuciones. Rosario y Amanda regresan bajo el farol.]

AMANDA

Rosario ¿qué va a pasar con Felipe?

ROSARIO

¿No te dijo por qué anda ocultándose?

AMANDA

No. El único que puede ayudarlo es Alberto ¿por qué no hablas con él?

ROSARIO

Hace meses que no tengo nada que ver con mi esposo.

AMANDA

¿Tan mal están las cosas? ¿Tiene otra mujer?

ROSARIO

[Niega] Es mi culpa. Siento . . . rechazo.

AMANDA

¿Por qué?

AMANDA

Ni yo misma lo entiendo. Supongo que tiene que ver con la guerra. Pero él piensa que tiene que ver con el presidente Balmaceda.

AMANDA

¿Celos por esas viejas cartas?

ROSARIO

[*Se alza de hombros, le sonríe*] Le hablaré de Felipe.

[*Amanda la abraza*] ¿Lo amas?

AMANDA

¡Mucho! [*Besa, impulsiva las manos de Rosario. Se acerca Ramón*] Viene don Ramón.

ROSARIO

¿Consiguió ese coche?

RAMON

"Je suis désolé". Con tanta celebración desaparecieron los coches de alquiler. Seguro que andan todos en el Parque. Pero no estamos lejos, puedo acompañarlas caminando. [*Ofrece su brazo a Amanda que lo ignora*]

ROSARIO

¿Pero no ha visto cómo están las calles?

RAMON

¡Qué quiere! Las fiestas de aniversario de nuestra Independencia y la victoria obtenida . . . Hay milicianos encargados de la vigilancia.

AMANDA

[*Haciendo señas*] ¡Cochero! [*Se oye un coche con caballos detenerse, salen los tres*]

OSCURO

En el salón de casa de Alberto. Entra él, conversando con Corina, quitándose el abrigo. Los sigue la Niña Rosa.

CORINA

¡No, don Alberto, no sé por qué lo andan buscando.

ALBERTO

¿Se identificaron?

CORINA

Milicianos, dijeron.

ALBERTO

¿Por qué no ha regresado al convento la Niña Rosa?

CORINA

Hay mucho alboroto en las calles.

ALBERTO

[Seco] Andan enfiestados.

CORINA

Empiezan cantando, pero ligerito sacan cuchilla.

ROSA

Y disparan también. Yo digo ¡no vayan a echar abajo la puerta! *[Alberto la mira]* De la casa de enfrente: todo el día han estado rondando. *[Indica al frente]*

CORINA

Vaya a la cocina, Niña Rosa, enseguida voy. Hay que preparar un consomé. *[Sale Rosa]* Ella tiene razón, don Alberto.

ALBERTO

[*Ignorando su adverteincia, sirve licor*] Te ofrezco un oportó, Corina.

CORINA

Miren que voy a tomar con mi patrón...

ALBERTO

Olvídate por esta noche que eres una sirvienta.

CORINA

[*Agresiva*] ¿Qué soy entonces?

ALBERTO

Desde que enviudé fuiste una madre para Felipe. Sírvelo.

CORINA

No me gusta tomar. Es perjudicial.

ALBERTO

Una copita no es emborracharse. [*Le sonríe con malicia*]

CORINA

[*Ofendida*] Y ahora me va a “representar” que una vez me vio borracha. Fue por el dolor de ver a m'hijo maltratado.

ALBERTO

De tu hijo te quería hablar. Nunca imaginé que la policía iba a entrar a esta casa cuando tuve que ocultarme. Sé que lo pasó mal, pero no me culpes, culpa a un gobierno represivo, que castigaba a los inocentes. [*Pausa*] Le diste tu leche a mi hijo, cómo podría hacerle daño al tuyo. ¿Sigue en las milicias?

CORINA

Donde usted lo recomendó.

ALBERTO

Quizá conozca a esos milicianos que vinieron esta noche. No lo tomes a mal, pero podría tratarse de una venganza. Desde pequeño tu hijo vio las diferencias entre él y Felipe. Luego ese injusto apaleo, por ser mi empleado. Co-

rina, hay muchos agitadores que predicán el odio de clases.
¿Entiendes?

CORINA

No sé de qué está hablando, don Alberto.

ALBERTO

No deberíamos tener sirvientes, es hacer ostentación. Pero los necesitamos. [*Calla, vacila*] No, no era eso lo que quería decir. Me enredo porque no me agrada hablar de esto. [*Pausa*] En fin, quiero saber si tu hijo me guarda rencor aún. Porque como está en las milicias...

CORINA

Ya entendí. Está acusando a m'hijo.

ALBERTO

No, no es eso. [*Rabioso*] ¡Es que no comprendo por qué vinieron a esa casa, sabiendo que mi hijo anda en Europa!

CORINA

Quizá está de vuelta, vaya usted a saber. [*Evita mirarlo*] Y como iba a esas tertulias del Palacio de la Moneda donde el Pedrito Balmaceda... Quizá por eso lo buscan.

ALBERTO

¡Tú sabes algo! ¿Quién te dijo que Felipe estaba de regreso? ¡Habla!

CORINA

Se cuenta el milagro pero no se mienta el santo.

ALBERTO

No me salgas con dichos. Si estuviera en Santiago, habría venido ¿no?

CORINA

Usted lo echó de la casa.

ALBERTO

No porque te doy confianza tienes que meter la nariz en mis asuntos.

[*Ha entrado Rosario y observa*]

CORINA

¿Con qué destino pregunta, entonces?

ALBERTO

¡No es modo de responder! [*A Rosario*] Ella cree que está en Santiago. Corina . . . [*Corina se retira rápidamente*]

¿Corina!

ROSARIO

Déjala en paz.

ALBERTO

¿Y tú, sabes algo de Felipe?

ROSARIO

Es posible que haya vuelto.

ALBERTO

¿Por qué no está aquí, entonces? Sí, lo sé. "Lo eché de la casa". Pero fue un arrebató del momento, sin importancia.

ROSARIO

Piensa que para él sí, fue importante. Los artistas son sensibles. No tenías que obligarlo a seguir esa carrera de Leyes.

ALBERTO

¡No más recriminaciones! Termina esta guerra, mujer. [*Pausa*] Parece que la gente que más quiero se ha vuelto contra mí. [*Ella va a protestar, él la detiene con el gesto*] Espera, aún no termina mi crisis de sinceridad. [*Cambio. Voz cálida*] Me haces falta. Y te necesito de "mi lado". De veras, no quiero perderte, Rosario.

[*Se interrumpe porque entra Corina y Rosa con bandejas y tazas de caldo. Se retiran.*]

ALBERTO

Y te estoy perdiendo. ¿A cambio de qué? ¿Figuración, prestigio? Perdiéndote a ti que eres como mi conciencia. [*Dándole la espalda, con pudor*] Por la mañana te hice una escenita estúpida. Lo de esas cartas está perdonado.

Aunque es petulancia perdonar algo que no me concierne. Es más: si me juras que me has sido infiel con ese hombre ¡no lo creería! Es que... ¡me perturba tu rechazo! ¿Por qué empezó junto con el alzamiento? ¿Junto con mis ataques a Balmaceda?

ROSARIO

¿Me estás acusando?

ALBERTO

¿Debería hacerlo? [*La mira, inquisitivo*]

ROSARIO

[*Incrédula*] ¿Crees que tuve algo que ver con don José Manuel?

ALBERTO

[*Burlón*] ¡“Don José Manuel”!

ROSARIO

¿Cómo debo llamarlo?

ALBERTO

¿Lo admirabas mucho, verdad? [*Ella guarda silencio*] No lo puedes negar.

ROSARIO

No lo puedo negar. El no estaba defendiendo sus intereses personales, sino los de su país. Tal vez cometió errores, pero más bien me parece que no lo dejaron gobernar...

ALBERTO

[*Sin poder contener su rabia*] ¿Oíste sus quejas? ¿Qué hubo entre ustedes? ¿Se veían con frecuencia?

ROSARIO

[*Seca*] En las recepciones oficiales. A las que tú me llevabas.

ALBERTO

¿Era galante contigo?

ROSARIO

¿A qué quieres llegar?

ALBERTO

Contéstame.

ROSARIO

Ah. Es un interrogatorio.

ALBERTO

Eres irritante con tus evasivas. ¿Te hizo la corte?

ROSARIO

Era muy estricto en lo moral.

ALBERTO

¡Un hipócrita! Con su aire de moralista. Trataba de cuidar su imagen, pero no era un secreto para nadie que tenía mujeres.

ROSARIO

Eso decían sus enemigos.

ALBERTO

¡No lo defiendas! ¿Sigues enamorada de él? Un amor "santo". ¿Qué tan santo? ¿Qué tan antiguo?

ROSARIO

¡Alberto!

ALBERTO

Fuera de las recepciones oficiales ¿dónde se veían? ¿Me engañabas con él? ¿Te llevó a la cama? Prefiero que me me lo digas de una vez ¡lo peor es la duda!

ROSARIO

¿Por qué me ofendes? ¿Qué te hecho?

ALBERTO

Casi nada. Te portas como si tuvieras un amante estos ocho meses y preguntas "qué te hecho". [*Tratando de dominarse*] Puedo soportar la verdad, así es que ¡respóndeme!

ROSARIO

¿A qué?

ALBERTO

A las preguntas que te hago. Te repugna mentir, por eso las evasivas. ¡Habla!

ROSARIO

[*Al borde del llanto*] No voy a contestar a tus preguntas.

ALBERTO

¡Porque no puedes mentir! Ni puedes decir la verdad. [*Se va alterando más y más a medida que habla*] Claro, en el peor momento, cuando el país estaba a punto de irse al diablo, mi esposa vivía pendiente de su “hombre magnífico”. Cuando pesaba sobre mis hombros la responsabilidad de detener o de impulsar una guerra civil ¡causada, precisamente, por el amante de mi mujer! [*Tomándola por los hombros, la sacude, fuera de sí*] Si no puedes negarlo es que fuiste su querida! ¡Ramera, mujer de la calle!

[*Al decirlo, le golpea el rostro. Simultáneamente, se oye una pelea de una pareja, él está borracho, pegándole a su mujer*]

VOZ DE MUJER DE PUEBLO

¡No me peguís! ¡Suéltame porquería! Me voy a matar...

VOZ DEL HOMBRE

¡Por puta te pegué! Por puta...

[*Desde hace un momento hay barullo en la calle. Pero al coincidir los insultos Rosario y Alberto se quedan anonadados. Ella, con su mano en la mejilla donde él la golpeó, él, detenido en su ademán*]

[*Los gritos de la calle han actuado como un anticlímax. Alberto se deja caer en el sillón, cubriéndose el rostro*]

ROSARIO

[*Murmura*] No sé cómo llegamos a esto.

ALBERTO

Andate. Déjame en paz.

ROSARIO

Alberto, yo . . .

ALBERTO

No quiero oír más. Andate de esta casa.

Rosario sale, se cruza con Felipe que se acercaba. Se detiene al verlo, al borde del llanto. El la abraza con ternura. Van hacia un extremo:]

FELIPE

¿Qué te hizo? Siempre ofende a las personas que más quiere. No le hagas juicio. *[La besa con ternura]* Hazme un favor: ve a la sala y toca mi sonata, como lo hacías hoy por la mañana . . . ¿lo harás?

ROSARIO

No sé, Felipe. *[Sale]*

[Alberto no ha visto ni oído nada, siempre el rostro cubierto. Felipe lo mira, luego entra al salón. Se detiene, sin acercarse. Alberto siente su presencia]

ALBERTO

Tú. Lo que me faltaba. ¿Desde cuándo estás en Santiago? ¿Por qué no habías venido a verme? ¿Es el regreso del hijo pródigo? ¿Debo pedir que sacrifiquen un cordero? Bueno, dí algo. No me dejes a mí todo el peso del discurso.

FELIPE

[Como siguiendo un juego habitual entre ellos] No había venido porque . . .

ALBERTO

Te eché de la casa. Porque . . .

FELIPE

Abandoné mis estudios de Leyes, porque . . .

ALBERTO

[Como cortando el juego] ¡Y desapareciste!

FELIPE

Pero estoy de vuelta.

ALBERTO

Y tu padre es el último en saberlo.

FELIPE

Papá, deja de estar ofendido. Vine en la mejor disposición, y con toda humildad. Quiero darte un abrazo.

ALBERTO

Entonces ¿no tengo razones para estar ofendido?

FELIPE

Ninguna.

ALBERTO

¿Es cierto eso? *[Felipe asiente. Se abrazan, conmovidos]*
¿Así es que puedo concluir que has recapacitado y que retomarás tus estudios? *[Sirve un par de copas]* Has comprendido que ser pianista no lleva a ninguna parte. Que si no destacas como “el mejor”, toda la técnica aprendida sólo te servirá para tocar el piano en una confitería de señoras, o en un bar de mala muerte.

FELIPE

[Sonríe] Pintas un cuadro patético.

ALBERTO

¿Exagero?

FELIPE

¿Nunca has pensado que la música puede ser más apasionante que la carrera de abogado?

ALBERTO

Hijo, sé apreciar el arte. Pero ¿qué esperamos para celebrar este acontecimiento? Vuelves a casa y a la Universidad. ¡Por tí! *[Alza su copa y bebe]*

FELIPE

Siento decepcionarte. No deseo estudiar leyes.

ALBERTO

¿Qué tienes contra las leyes?

FELIPE

No es lo mío, papá. No sé si podría llegar a ser el mejor, como dices. Porque tú, sí, en lo tuyo, llegaste a serlo ¿verdad?

ALBERTO

Eso dicen. [*Un silencio*]

FELIPE

Papá, me gustaría saber qué significó para tí esta guerra civil. Y el triunfo por supuesto.

ALBERTO

¿Cómo que qué significó? [*Lo mira extrañado*]

FELIPE

Fuera de cambiar un régimen presidencial por uno parlamentario, quiero decir.

ALBERTO

Lo dices con un tono muy despectivo.

FELIPE

La pregunta sería, si puedes justificar una guerra tan sangrienta... [*Vacila*] Lo que pasó en Lo Cañas...

ALBERTO

¡Cuidado! Lo Cañas no se menciona en esta casa. [*Pausa*] De acuerdo: fue un crimen imperdonable. Aunque, por extraña paradoja, determinó nuestra victoria. [*Felipe lo mira, interrogante*] Ocurrió poco antes de la última batalla. Al enterarse de la injusta masacre, muchos oficiales gobiernistas se pasaron a nuestras líneas con sus regimientos. [*Sombrío*] Felipe, no te imaginas la conmoción que aquello causó en las familias afectadas. La nuestra, entre

ellas. Estabas lejos, por suerte [*Repite, dolido*] No sabes lo que fue eso . . .

FELIPE

Sí, papá. Sé lo que fue.

ALBERTO

¿Qué sabes?

FELIPE

Que la guerra puede convertir a los hombres pecíficos ¡en monstruos!

ALBERTO

Me alegré que estuvieras en Francia.

FELIPE

No estaba en Francia, papá.

ALBERTO

[*Con temor*] ¿Dónde estabas? [*El no responde*] ¿Dónde estabas, Felipe?

FELIPE

Muy cerca.

ALBERTO

¿Cerca de qué?

FELIPE

De Lo Cañas. Estaba allí.

[*Alberto, impactado, calla*]

ALBERTO

[*Alterado*] ¡Estabas en Lo Cañas y lograste escapar con vida! Dios mío . . .

FELIPE

No tienes que llorar por mí, papá. No fui con los conspiradores. Y tampoco con los soldados.

ALBERTO

Basta de enigmas ¿Con quiénes estabas?

FELIPE

¿Qué importa? Lo Cañas . . . de algún modo lo viví. Me

dio la medida de las cosas. Del valor de la existencia. De la muerte. [*Pausa*] Sobretudo, del amor. De nuestra posibilidad de dar y de recibir afecto. [*Lo mira, serio*] Y aquí estoy, con muchos deseos de acercarme a tí.

ALBERTO

Aguarda: ¿los milicianos buscándote tienen que ver con Lo Cañas?

FELIPE

[*Molesto*] ¡No lo sé, papá! No sé quiénes me buscan y por qué razón. Tú sabrás, mejor que yo, cuál es la autoridad que decide en este país quiénes pueden vivir y quiénes no.

ALBERTO

[*Conteniendo su malestar*] ¿Te vio alguien entrar aquí?

FELIPE

Es posible: cuando crucé a la casa de enfrente para tranquilizar a unas mujeres. Corina me lo pidió.

ALBERTO

[*Estalla su rabia*] ¡Otra vez esa maldita casa de enfrente! No salgas a la calle, Felipe. El orden está alterado. Pero piensa, por favor ¿qué razón hay para que te anden buscando?

FELIPE

Estoy en tierra de nadie. Quizá sea peligroso estar en tierra de nadie. ¿O no? [*Le sonríe*] No debes preocuparte por mí. Estoy bien, lo mejor que se puede estar. De veras. Creo que morí con mis primos allá en Lo Cañas ¡y he vuelto a nacer! [*Pausa*] He decidido seguir la carrera más difícil, y la más atractiva. Una que nunca nos enseñan: "Aprender a vivir".

[*Hay un silencio*]

ALBERTO

[*Con sorna*] Aprender a vivir. ¡Casi nada! Cuando lo consigas, avísame.

FELIPE

Eso es lo malo.

ALBERTO

¿Qué?

FELIPE

Nadie lo toma en serio. O no creen que sea posible.

ALBERTO

¿Tú, sí?

FELIPE

Hay espíritus superiores que nos dejan su ejemplo. Nos marcan un camino. Seríamos muy pobres, si no tuviéramos a quién admirar.

ALBERTO

Y tú ¿A quién admiras, hijo? Porque te han visto en malas juntas, con esos jóvenes que salen a quemar tranvías y a gritar estúpidas consignas: los seguidores de Francisco Bilbao. Sociedad de la Igualdad, socialismo utópico, etc. No me vas a decir que admiras a ese par de lunáticos de Bilbao y Santiago Arcos!

FELIPE

Ese lunático de Bilbao, papá, se atrevió a defender la igualdad, a pedir justicia en la tierra y no sólo en el cielo. Quemaron sus escritos, le hicieron un juicio y lo expulsaron del país. Mandaron la tropa contra los que fueron a saludarlo a los Tribunales, y al eminente doctor Barros, por hacerle una seña amistosa, le quitaron su cátedra. Y a ese otro loco de Santiago Arcos, lo encarcelaron por decir que Chile no podía progresar mientras las nueve décimas partes de su población vivieran sumidas en la miseria y sólo una décima viviera en la opulencia. [*Pausa. Alberto es-*

cucha impaciente, casi sin oír] Dime, papá ¿quienes son los que tiemblan y dictan medidas represivas cuando alguien defiende a los desposeídos? ¿Quiénes encarcelan y expulsan del país a los que hablan de justicia y de igualdad?

ALBERTO

¡Ya veo que en Francia no perdiste el tiempo! Esas son las ideas añejas de los comuneros, o comunistas, como los llamen. ¡Hace cincuenta años que fracasaron! *[Pausa]* Deja las obras piadosas a los curas, hijo, y esas utopías, a los “cabezas-calientes” que promueven las huelgas.

FELIPE

No son utopías, papá. O tal vez yo sea uno de los ilusos. No me creo gran cosa pero he descubierto que el hombre siempre tiene la maravillosa posibilidad ¡de ser mejor! De hacer que las cosas cambien, de mejorar esta civilización.

ALBERTO

[Luego de mirarlo con recelo] Si lo que quieres decir es que estás de parte de los agitadores, entonces seguramente te avergüenzas de tu padre.

FELIPE

Es no. Puede que de mí me avergüence: tú das la pelea por lo que crees justo. Yo nunca luché por nada.

ALBERTO

Has logrado confundirme. ¿Qué es lo que esperas de tu padre, Felipe?

FELIPE

Quiero sentirme orgulloso de tí.

ALBERTO

Ah. Y ¿qué se supone que debo hacer?

FELIPE

Quizá si pudieras explicarme... *[Vacila y calla]*

ALBERTO

¿Qué?

FELIPE

Me gustaría entender el por qué de tu lucha. Cuáles son tus esperanzas. Para poder mirarte con ojos limpios. Aprender a quererte.

[*Luego de un silencio*] ¿Estás enjuiciándome?

FELIPE

¡No!

ALBERTO

¡Para qué diablos te voy a explicar nada, si sé que no vamos a estar de acuerdo!

FELIPE

Al menos ¡trata de hacerlo!

[*Sube el ruido de la calle que se ha mantenido en sordina: están atacando la casa de enfrente. Felipe va hacia el balcón*]

ALBERTO

No te entrometas, Felipe: hay milicianos. Ellos pondrán orden. [*Lo hace retirarse del balcón*] Luego bajaremos. Antes tengo que decirte algo. [*Mirándolo, persuasivo*] Felipe, digan lo que digan esos agitadores —y sé muy bien de lo que estoy hablando—, nuestras salitreras funcionan como es debido. Hay un pago justo para los obreros, se han creado líneas de ferrocarril con el dinero que entra por impuestos de salida, y además ¡queda muchísima ganancia para el país! No es por milagro que hay alumbrado, pavimento en las calles, transportes modernos. Hay personas detrás de esos milagros, profesionales, como deberías serlo tú. Los que hemos alcanzado cierta posición social, tenemos una enorme responsabilidad, Felipe. No niego que hay pobreza, injusticias. Pero en la medida en que sepamos administrar nuestras riquezas, en la medida en que

los ingresos aumenten, se crearán nuevas empresas para generar trabajo y terminar con la cesantía, se pagarán mejores salarios y se crearán escuelas para los hijos de esos obreros, y de ese modo acabaremos con la miseria y la ignorancia. [*Paternal, contento con su discurso*] Pero ¡no lo haremos de un día para otro! ¿Es que no puedes esperar, hijo?

FELIPE

Papá ¡has repetido punto por punto el programa del presidente Balmaceda!

ALBERTO

[*Rabioso*] No viene al caso hablar de ese hombre.

[*Sube nuevamente el ruido del ataque a la casa de enfrente, se oyen golpes y voces.*]

FELIPE

Oye ¿no deberíamos ir en auxilio de esas dos mujeres?

ALBERTO

[*Enervándose*] Lo haremos, Felipe, lo haremos. Pero ¿es que no vamos a concluir esta conversación? Felipe, no sé si estás consciente del privilegio de pertenecer a una de las familias que forjaron esta sociedad. Una sociedad en la que hay respeto por las tradiciones, por la moral, el honor y la decencia.

FELIPE

[*Voz suave*] Abre los ojos, papá: es una sociedad injusta, en la que los derechos de los hombres son atropellados, la dignidad ofendida. [*Ante la mirada sorprendida de Alberto*] Me refiero a los humildes.

ALBERTO

¡Hablas como los cabeza-caliente! Sé que la guerra provocó divisiones hasta en el seno de las familias, pero no voy a permitir que esa gente, esos lobos con piel de cordero ¡vuelvan a mi hijo contra mí!

FELIPE

¿No puedo referirme a los humildes sin que te ofendas? No tienes que sentirte culpable por ellos.

ALBERTO

¡Menos mal! Porque se diría que hoy todas las culpas del mundo han caído sobre mi cabeza! El disparo de esta mañana desató una avalancha de . . . culpas, y dudas.

FELIPE

¿De qué me estás hablando, papá?

ALBERTO

De mi jornada de hoy. *[Pausa, respira hondo]* Despierto, y todo parece normal. La vida sigue su curso. Pienso en el nombramiento que me ha ofrecido la Junta de Gobierno. De pronto, ese disparo. Un suicidio. Se filtra en mi conciencia un absurdo sentimiento de culpa. Por la tarde, en el Club, escuchando a don Ramón, me parece ver en él algo como mi propia imagen deformada, mi imagen de hombre público, imbuído de sus poderes, y ciego a tantas cosas. Luego, un colega, muy respetable, me acusa así, sin ambages ¡de haber desatado la violencia en un país de gente violenta!

Reflexiono. Acepto que la vida no se detiene porque estamos abocados a ganar una guerra. A escalar posiciones. Reconozco que muchas veces, sólo vemos lo que queremos ver. Por la noche, función de gala. Todo ese boato, esa falsedad, me asquea. Me avisan que unos milicianos buscan a mi hijo. Eso me trastorna. Es el temor de ser herido en lo que amas. Esa recurrente sensación de . . . vulnerabilidad. *[Pausa]* Me siento impotente ante esa situación. Luego, echo de la casa a mi mujer. . . Y ¡te presentas tú! Entiendo lo mucho que significas para mí.

[Calla. En el silencio se oye de pronto la sonata. Alberto va hacia un extremo para mejor

escuchar. Su voz se suaviza para continuar su monólogo.]

ALBERTO

Te presentas tú. Entonces, ese hijo al que le abro los brazos como al hijo pródigo, me dice que estoy equivocado, que he estado ciego, que tengo que volver a empezar. Que debo *¡aprender a vivir!* Mis empeños, mi larga lucha, mis logros ¡no valen ni un carajo! La jornada de hoy, en suma, te brinda una magnífica síntesis de mi existencia: ¡un perfecto, un rotundo fracaso!

[Ha cesado el piano]

FELIPE

[Profundamente conmovido] ¡Te quiero, papá!

[La acción ahora se precipita. Un súbito clamor de la calle hace salir rápidamente a Felipe. Pero la entrada de Corina y Rosa al salón, distrae a Alberto, quien no percibe la ausencia de Felipe.]

CORINA

¡Venga, don Alberto! ¡Están saqueando la casa de enfrente, hay que ayudar a esas mujeres!

ROSA

¡Hombres armados, don Alberto!

CORINA

[Saliendo con Rosa] Dios Santo, venga don Alberto...

ALBERTO

¡Caramba! ¿Es que no puede uno tener una conversación con su hijo sin que lo interrumpan a cada instante?

[Se oye afuera UN DISPARO, tan nítidamente como oímos el del inicio. Se oye un grito:]

VOZ DE MUJER

¡Asesinos!!!

ALBERTO

¡Qué pasa! ¡Mi revólver!

VOZ DE MUJER

¡Auxilio! ¡Esos salvajes le dispararon!

ALBERTO

Tengo que cargar mi revólver. *[Va hacia el fondo y toma de algún lugar un arma. En ese momento entra Rosario]*

ROSARIO

Felipe . . . *[Alarmada]* ¿Dónde está Felipe?

[Alberto y Rosario se quedan inmóviles, sin atreverse a acercarse al balcón, temiendo lo peor.]

[Vuelve a entrar Corina, luego Rosa. Corina llora]

ROSARIO

¿Qué pasa, Corina? Habla.

CORINA

Está muerto. En el umbral de la casa. *[Cayendo de rodillas se santigua]*

ALBERTO

[Murmura, temeroso] ¿Quién está muerto?

CORINA

El niño Felipe. Lo hirieron en la frente.

ALBERTO

[Tomando a Corina por los hombros, la sacude] ¿Quiénes lo hirieron en la frente, quiénes? *[Ella reza bajito]* ¡Contesta!

ROSARIO

Corina . . .

CORINA

Dios los perdone, no lo hicieron de intención. Una bala perdida, misia Rosario, mató a mi niño Felipe . . .

ROSARIO

¿Amanda? [La mira afligida]

CORINA

Está con él.

ALBERTO

[Murmura hacia Corina, fuera de sí] ¡Mientes! [Ella sigue rezando a media voz] ¡Cállate! Cállate mujer . . . [Cambio. Se deprime, deja caer el arma, luego dice en voz baja] ¡Yo disparé esa bala . . . yo disparé esa bala!

SE CONGELA LA ACCION

OSCURO

Se escucha el Organillero y sube lentamente la luz matinal en el sector calle.

E P I L O G O

UN RELOJ DA LAS NUEVE.

Además del organillero que se detiene en el sector calle, se muestra un mendigo que pide limosna a los que empiezan a entrar por el sector calle para la ceremonia fúnebre. FELIPE está ahora en el escenario, en una escalera, o tarima, enteramente vestido de blanco y la luz lo hace ver resplandeciente. Está, simbólicamente, en su ataúd.

Van llegando a la calle Rosario, Amanda, seguidas de Corina y Rosa, las cuatro van "tapadas", es decir con mantos negros de distinto material según su posición económica, dando a la escena un especial dramatismo. El manto sólo deja ver el rostro. Tras ellas viene Alberto, enlutado,

Pueden traer ofrendas florales, cirios. Miran hacia Felipe como si estuvieran viendo su urna en un velorio.

La actitud de Felipe es normal. Casi alegre. Los mira siempre con su característica ternura. Cuando Felipe habla, el resto de los personajes permanecen inmóviles, ya que no se supone que escuchan su voz, desarrollándose así, el Epílogo, en dos planos, el real y el irreal.

FELIPE

Te estaba diciendo, papá, que te quiero. [*Lo mira un momento*] Se han abierto tus ojos. Y estás triste. Pero piensa . . . ¡cuántas razones hay a cada instante para estar de duelo! Si pudieras oírme, te diría que morir no es nada ¡comparado con lo que nos cuesta vivir! [*Bajando la voz, como para sí*] El mundo parece precipitarse de desastre en desastre ¿por qué los hombres se han olvidado de la justicia y de las grandes virtudes? Tendrás que responder tú solo a esas interrogantes, papá. [*Alberto que se había acercado, se aleja, contrito*] Adios.

[Corina se arrodilla a sus pies y se santigua, diciendo:]

CORINA

Mi niño . . . ¡Ya debe estar con los ángeles del paraíso!

[Se acerca Rosa y deja un ramito de flores a los pies de Felipe]

FELIPE

Mama Corina ¡quién iba a pensar que con la sábana que bordó la Niña Rosa, la misma con que me tendías el lecho por la mañana, me amortajarías por la noche!

[Corina y Rosa se retiran, y Amanda se acerca. Trae una rosa amarilla que dejará junto a él]

FELIPE

Amanda, mi amor . . . ¡hasta siempre! Será dulce sobrevivir a tu recuerdo.

[Amanda se retira, avanza Rosario. Al dejar una rosa encarnada en el supuesto ataúd, la pone en las manos de Felipe, que acaricia la suya]

ROSARIO

¡Hasta pronto, Felipe!

FELIPE

Rosario, madre sin hijos, pero ¡tan madre! Sigue dando a luz a los sueños, al amor, a la cordura . . . ¡a todo lo que hay de huérfano en este mundo!

[Rosario se queda de pie junto a Felipe; el resto, donde estaban, inmóviles]

[Felipe baja del lugar donde estaba sentado y retrocede poco a poco hasta salir del haz de luz, mientras habla. Deja la rosa encarnada marcando su sitio]

FELIPE

No olviden este día, que empezó con el disparo de alguien que quiso ganar la dignidad para siempre, y terminó con otro ¡que me envió a las estrellas! *[Pausa]* Reciban las buenas noches cuando una mariposilla nocturna les roce la mejilla como si los besara. Entonces, salúdenme: “Hola Felipe . . . *[Alza su mano en señal de despedida, sonriendo, y al retroceder queda fuera del haz de luz]*”

LA LUZ BAJA HASTA EL OSCURO

ATACA LA MUSICA DE LA SONATA DE FELIPE

FIN DE LA OBRA

Santiago, 1988

10/10/1963



Imprenta Lanza Hnos. Ltda.

ESTADO 27M TELEFONO 134011